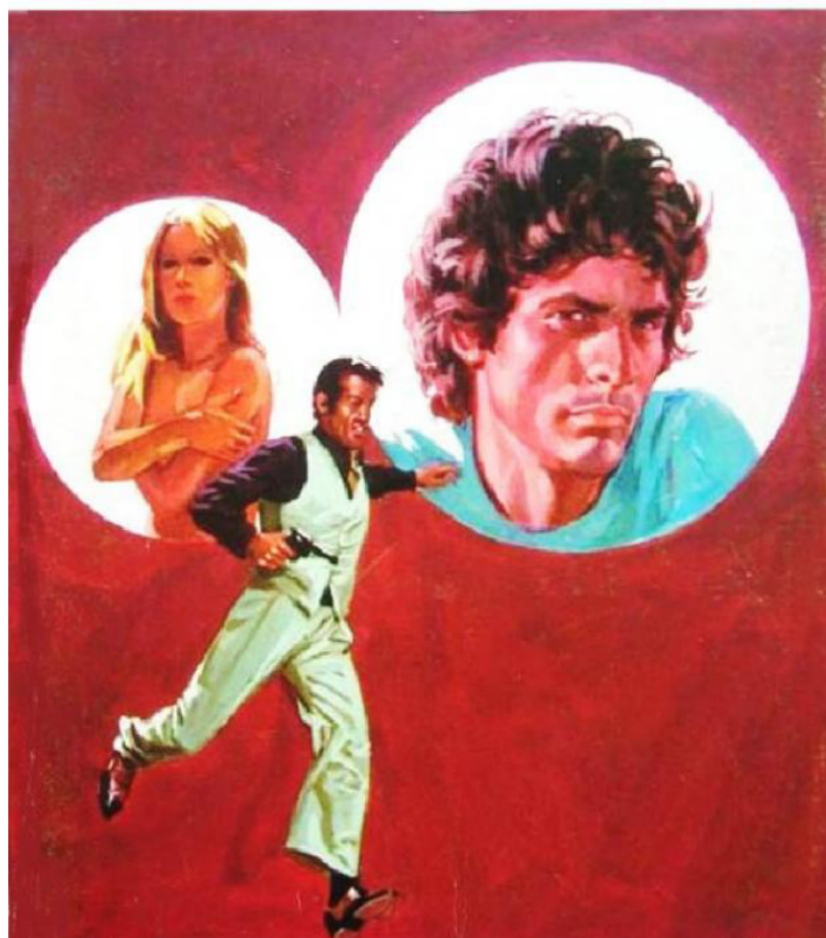


BOLSILIBROS BOLIGUERA
PUNTO
ROJO

TIA ANNIE Y YO

Clark Carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE, SERIE ROJA:**

1.541. - Las cartas malas.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.400. - Ese muerto no soy yo.

En Colección **BÚFALO, SERIE ROJA:**

1.058. - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección **CALIFORNIA:**

812. - Abogado de revólver.

En Colección **KANSAS:**

987. - Metal maldito.

En Colección **BRAVO OESTE:**

526. - Clave para el asesino.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

818. - El fin de la cuenta.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

635. - Las siete chicas de oro.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL:**

138. - Contratados para morir.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL:**

66. - Destinos ardientes.

En Colección **PUNTO ROJO:**

786. - Yo, vengador.

En Colección **COLORADO:**

1.026. - El paso prohibido.

CLARK CARADOS

TIA ANNIE Y YO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 794
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 20.567 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1977

© Clark Carrados – 1977

texto

© Jorge Sempere – 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Le digo al tipo que no, que no cedo.

—Pero ¿por qué? —me pregunta, lleno de estupefacción. Y yo le apunto con el índice, sin importarme en absoluto que esté delante el director del penal.

—Escuche —le digo—. Si estoy aquí, es a la fuerza, claro, pero para sacarme en las condiciones que me ofrecen, tendrían que emplear también la fuerza y mi abogado se encargaría de formar un buen escándalo. Yo no maté a Benny Poulsen, aunque el juez y el jurado me condenasen. Me tendieron una cochina trampa, porque deseaban deshacerse de mí, y consiguieron su objetivo. Pero soy inocente y ni por todo el oro del mundo accederé a salir en libertad condicional. No tengo ganas de pasarme un montón de años yendo cada mes a visitar al oficial de libertad bajo palabra. No podré tomar un trago, ni ver a ciertas personas, ni abandonar la ciudad, si me apetece..., y hasta una multa de tráfico sería suficiente para revocar esa libertad y hacerme volver aquí. Cuando salga, quiero moverme a mi antojo y sin un fiscal constantemente sobre mis espaldas, ¿lo ha entendido, señor Crandall?

Crandall, de la oficina del fiscal, parpadea tras los cristales de sus gruesas gafas.

—Es el mejor arreglo que se ha podido hacer, después de año y medio, sargent... perdón, señor McBaith. Recuerde que la sentencia fue de cinco a doce años. Aún le faltan tres y medio para que, en circunstancias normales, empiece a estudiarse su expediente de libertad condicional.

—Quiero un indulto absoluto —insisto—. Yo no maté a Poulsen y, por lo tanto, o me dan esa salida o me quedaré aquí, hasta cumplir los doce años. Y dentro de doce años, seguiré pensando lo mismo.

—Y tendrá cuarenta y uno, Larry —dice el director

pensativamente.

—Sí, señor —miro a Crandall—. Así que ya lo sabe: indulto total o nada.

Crandall suspira. Ve en mi cara que la decisión es irrevocable y empieza a meter en su cartera de mano los papeles que había traído para mi puesta en libertad.

—Informaré de eso a mi jefe, pero no creo que consigamos nada —asegura—. El gobernador está muy interesado en cortar ciertos abusos de la policía y si bien transige con su libertad condicional, no querrá oír hablar siquiera de indulto.

Levanto los hombros.

—Ya conoce mi postura —digo, y me vuelvo hacia el director—. ¿Algo más, señor?

Carstairs es un buen hombre, amable y servicial, pero también duro cuando la ocasión lo requiere. Lleva aquí tres años y, cosa rara, no se ha producido un solo motín en todo este tiempo.

—Gracias, Larry —contesta.

Salgo de la oficina del director y respiro hondamente. ¿Por qué, por qué tengo que estar en este infecto agujero, si yo no cometí el crimen por el que fui acusado, juzgado y sentenciado?

Cuando ya estamos a punto de llegar al patio, me avisan de que tengo una visita.

Es tía Annie, la mujer que ha hecho para mí de madre, una anciana realmente simpática, todavía con grandes rasgos de la belleza que la hizo famosa en tiempos. El cabello blanco, abundantísimo, forma como una especie de aureola en torno a sus facciones. Me emociono al verla, como cada vez que me visita.

Le cuento lo que ha pasado. Ella suspira.

—Eres terco y orgulloso como tu difunta madre, mi hermana. Pero así, ella fue feliz, aunque su dicha durase tan poco tiempo.

Conozco la historia. Los padres de mi madre no querían que se casase con el hombre del que estaba enamorada. Mi madre se casó, aunque ello provocó un escándalo terrible en ciertos círculos. Una Van Brudenlock casándose con un vulgar McBaith... «¿Adónde vamos a parar?», debieron decir bastantes en aquella época.

Pero luego mis padres, cuando yo tenía dos años, murieron en un terrible accidente y tía Annie cuidó de mí y...

Se me humedecen los ojos. Ella oprime mis manos

afectuosamente.

—Estoy de acuerdo contigo, Larry —dice—. Cuando salgas de aquí, lo harás sin ninguna obligación con la ley.

—Dentro de diez años y medio —murmuro, deprimido.

Tía Annie sonríe maliciosamente.

—Hay milagros, Larry.

—¿Con este gobernador? Comprendo su postura, porque me doy cuenta de lo que debe pensar en un puesto tan elevado, pero es de pedernal. No, no habrá milagros, tía Annie, y yo no quiero salir de aquí sino en la forma que ya conoces.

—Saldrás, Larry —afirma ella rotundamente.

Más tarde, vuelvo al patio. Me siento en un rincón, con la espalda apoyada en el muro y la gorra sobre los ojos. En torno a mí oigo el mosconeo de las conversaciones de otros presos. Ya han pasado dieciocho meses desde que me trajeron y me dieron el número

43 447.

Aún quedan diez años y medio, ciento veintiséis meses... ¿Podré soportarlo? ¿No cederá mi orgullo?

De pronto, oigo un bisbiseo a mi lado.

—No te muevas, Larry, sigue como estás.

A través de los párpados entornados, con el rabillo del ojo, diviso al tipo que se ha sentado a mi lado hace unos momentos y que también finge dormitar.

Es Davy *el Grajo*, el tipo que más cosas sabe dentro del penal y en quinientas millas a la redonda. Es la clave de «soplón» oficial para la policía y detectives privados, pero también los listos, a veces, cometen errores y acaban en la cárcel. *El Grajo* cometió uno: competir con el *Tío Sam* en la fabricación de esas estampitas verdes que sirven para tantas cosas desde comprar la comida hasta comprar nenas bonitas, con pechos redondos, piernas esbeltas y vientre acogedor. Le cayeron encima de seis a catorce años. Ya estaba aquí cuando yo llegué.

—Sé lo que te pasa, sargento —dice Davy—. Tengo buen olfato. Me da en la nariz que vas a salir muy pronto. Quiero ayudarte.

Es curioso. Apenas hace media hora que he estado en la oficina del director y ya todos saben para qué fui llamado. Los invisibles hilos que se cruzan por todas partes, llevan increíbles mensajes de

lado a lado del penal. Y yo sé que Davy es uno de los mejores informados de cuantos estamos aquí.

—¿Tú, ayudarme? —le digo, sarcástico—. Te burlas de mí, Davy.

—Sargento, cuando aquí nos enteramos de que Benny había muerto, formamos una comisión y fuimos a visitar al director para que nos diera permiso para hacer baile con fuegos artificiales. Puedes contar que de todos los pajaritos que estamos encerrados, ni media docena lloraron su muerte.

—Vaya una noticia, Davy...

—Es la pura verdad, sargento. Tú has dicho siempre que eras inocente. Lo sabes mejor que nadie, por tanto. Si es así, te darás cuenta de que alguien lo quitó de en medio porque estorbaba, pero, al mismo tiempo, quiso cargar el muerto a alguien que también les estorbaba.

—Yo, ¿verdad?

—Sí. Escucha, sé que saldrás. Tu tía conseguirá el pleno indulto. Casi no puedo evitar un respingo.

—Por todos los diablos, Davy —digo, colérico, y ya sin importarme que nos vean o no—, si mezclas a mi tía en esto, te juntaré la nariz con el cogote.

—Calma, sargento, calma —sonríe *el Grajo*—. Tengo veinte años más que tú y eso significa un rato largo de experiencia y conocimientos. Te digo que saldrás muy pronto y entonces necesitarás mi ayuda. Para empezar, cuando estés en la calle, busca a Bess Trall. Dile que vas de mi parte, eso será suficiente. Pero, por si no la encuentras, busca a Randy *el Cojo*.

—¿Y qué más?

—¿Tengo yo que hacerlo todo? —ríe Davy.

De pronto, se pone serio.

—Cuidado —bisbisea—, viene Tuck Finlay. Parece que tiene ganas de gresca. No te dejes arrastrar a su terreno.

Abro los ojos. Un sujeto enorme, con el número

41 802

en la gorra y en el uniforme se acerca al muro. Cuando está frente a nosotros, patea mi pie derecho.

—Aparta, quiero sentarme ahí —dice el gorila.

—Sí, señor.

—¿Qué has dicho? ¿Qué me has llamado, asqueroso hijo de zorra?

Davy, cauto, emprende una retirada estratégica. Yo me pongo en pie.

—No he dicho nada, Tuck —contesté.

—Me has insultado.

—Espera —digo a media voz—, me parece que has entendido mal —meto la mano en el bolsillo—. Tengo «pasta». Acércate para que pueda dártela sin que nos vean.

Finlay pica. Cuando está a mi lado, alzo la rodilla y se la clavo en los testículos. Gruñe, bizquea, tuerce la boca. Repito el golpe y cae en mis brazos sin sentido.

Dos vigilantes corren, gritando como energúmenos, con las porras en alto.

—No pasa nada —exclamo—. Finlay se ha desmayado. Debe encontrarse mal...

Los guardias me miran suspicazmente. Uno de ellos agarra a Finlay por los pelos y le mira la cara. No, no hay señales de golpes. Debo haber dicho la verdad.

—Está bien, lo llevaremos a la enfermería —dice.

Me pregunto por qué Finlay quería organizar una pendencia. Nunca nos habíamos tratado hasta ahora..., pero fuera del penal, en la calle, en alguna parte, hay alguien cuyos brazos son muy largos y llegan hasta aquí adentró. Y aún estorbo, porque, sin duda, debe saber que tengo posibilidades de salir mucho antes de lo calculado. Es de suponer que le convenga tenerme aquí una larga temporada.

Me pregunto qué puede saber Davy de tía Annie. No sé por qué, pero sospecho que no me dirá nada. Para algunas cosas, pese a su oficio de «soplón», Davy es una tumba. *El Grajo* debe de rondar el medio siglo y tía Annie le pasa unos quince años.

Por cierto, ¿cómo puede estar tan segura tía Annie de que voy a salir absolutamente libre y sin ninguna obligación?

Lo sabré mucho más adelante, pero la escena, aproximadamente, se ha desarrollado así:

Tía Annie consiguió ser recibida por el gobernador del estado. Le ha bastado para ello una simple llamada telefónica. Tía Annie se presenta en el despacho con sus mejores galas, lo cual no quiere decir que vista como un papagayo. Siempre ha tenido un gran

sentido de la medida y la elegancia y no es como otras viejas ridículas que se visten como chiquillas para ver de ocultar el inocultable paso de los años. El gobernador le besa la mano y la hace sentarse en un rincón íntimo de su enorme despacho, el destinado a las visitas de importancia.

—Y bien, Annie, ¿qué tienes que pedirme? —dice el hombre más alto del estado, unos doce años más joven que mi tía, robusto, carnoso, sanguíneo, pero también listo y muy inteligente—. Ya sabes que lo tienes concedido de antemano —añade, melifluido.

—Quiero el indulto pleno y absoluto, o amnistía, como guste llamarlo, de mi sobrino Larry McBaith —dice tía Annie sin más preámbulos.

El gobernador hace una mueca.

—Annie, yo no puedo...

—Sí puedes, John.

—Pero por todos los diablos...

—John, modera ese lenguaje. Estás en presencia de una dama —le reprende mi tía.

—En tiempos, no te importaba mi lenguaje —refunfuña el gobernador.

—En tiempos, las cosas eran distintas para ambos. Quiero ese indulto, John.

—Lo siento, Annie, no puedo.

Impasible, mi tía abre el bolso, saca un papel y se lo entrega a su interlocutor.

—Toma, es una fotocopia —dice—. Como puedes comprender, guardo el original, muchos más originales. Cuando tenías veintiocho años, tú escribías unas cartas terriblemente apasionadas a una ardiente dama de unos cuarenta años. Hemos de convenir ambos en que a los cuarenta, todavía desbancaba yo a muchas jovencitas, ¿lo recuerdas?

El poncio se pone pálido.

—Annie, no, tú no irás a jugarme esta mala pasada...

Mi tía sonrío ladinamente.

—Yo no tengo ambiciones políticas, en primer lugar, y a mi edad ya no importan las habladurías. Cualquier cosa que digan los periódicos, me dejará fría. A ti, en cambio, te arruinaría la carrera. Hay mucha manga ancha por ahí, y puede que quizá lo que se

refiere al romance entre los dos pudiera ser pasado por alto. Pero te presté dinero en alguna ocasión, y eso fue porque tú me lo pedías. Nunca te lo reclamé, porque no eran grandes sumas y a ti te hacía más falta que a mí. Eso te haría polvo, John, créeme.

—Annie, esto es una cochinada.

—Mi sobrino está en la cárcel —dice tía Annie, impasible.

—El *Courier* pertenece a mis rivales políticos. Su editor me crucificará.

—Te apoyan el *Clarion* y el *True* y, en verdad, eres el gobernador más honesto que hemos tenido en muchas legislaturas. Puedes indultar a Larry, basándote en muchos tecnicismos legales, todos irreprochables y, además, considerando sus valiosos servicios como sargento de la policía. La verdad, no comprendo cómo el idiota de mi sobrino pudo meterse a perseguir maleantes, pero siempre fue muy independiente... En fin, John, que no te dejes otra salida.

La manaza del gobernador estruja la fotocopia.

—Chantajista —apostrofa a mi tía.

—John, han pasado veinticinco años desde «aquello». Fuiste fiscal ayudante, fiscal de distrito, fiscal jefe... ¿Alguna vez te hice la menor presión? ¡Es ahora cuando te necesito, cuando necesito al hombre que enloqueció por mí hace un cuarto de siglo! Oh, cuando los periodistas me interroguen diré que yo te seduje..., la dama madura, pero bella que hechiza al joven y prometedor ayudante del fiscal... ¡Qué aumento en las tiradas de los periódicos, John!

—¡Basta, Annie! Buscaré el modo de indultar a ese botarate de tu sobrino, pero tú has de prometerme que me devolverás todas las cartas.

Mi tía se pone en pie.

—Una Van Brudenlock no tiene más que una palabra —contesta, solemne. Luego mira al gobernador y suspira hondamente—. John, fue una época maravillosa. Yo tenía un cuerpo de Venus, ¡a mis treinta y nueve años!, y tú eras un amorador incansable. Ahora, ya ves, tengo la cara arrugada, el pelo blanco... y tú has echado papada, barriga... ¡y tienes ya dos nietos!

—Annie, eres despiadada —se queja el gobernador.

Mi tía vuelve a sonreír.

—Permitiré que me beses en una mejilla, John —dice, como despedida.

¡Astuta tía Annie! ¡Lo ha conseguido!

CAPÍTULO II

Frederick, el imponente mayordomo, nos sirve el té en el saloncito de la residencia de tía Annie. Ella y yo estamos sentados frente a frente. El servicio es de delicada porcelana de Sévres. A los Van Brudenlock les ha gustado siempre tener lo mejor.

El mayordomo nos deja solos. Hasta ahora, tía y yo apenas hemos tenido ocasión de conversar. Aún me parece mentira no llevar puesto el uniforme de sarga gris y un número en la espalda.

—Eres fantástica, tía Annie —digo—. ¿Cómo lo has conseguido?

Ella hace un gesto con la mano. Todavía es fina, delicada, sin arrugas.

—Bah, amistades —responde, displicente.

—Tú me ocultas algo...

—Estás libre, ¿no?

Me reclino en la silla, con la taza y el plato en las manos.

—Tía Annie, ¿te imaginas qué es lo que pienso hacer ahora? —le pregunto.

—Sí. Por eso no querías aceptar la libertad condicional.

—Exactamente. Tú sabes bien que yo no maté a Benny Poulsen. Cuando llegué a su casa, tuve que sentarme a esperarle. Habíamos hablado por teléfono. Me dijo que encontraría la llave bajo el felpudo, si no estaba todavía. Entré me senté en un diván... y, al poco rato, alguien me arreó un estacazo. Cuando desperté, Benny yacía en el suelo, con un balazo en el corazón.

—Todo eso lo sé. ¿Por qué me lo cuentas, Larry?

—Es... como si quisiera hacer un repaso general de lo ocurrido, empezando por el principio. Poulsen iba a darme un buen «soplo», estoy seguro de ello. Pero alguien se enteró y nos tendió una trampa a los dos.

—Lógico. ¿Qué más, sobrino?

—La puerta apareció violentada. Pero yo la había abierto con la

llave. Eso significa que, después de cometido el asesinato, alguien cerró y pateó la puerta, para hacer ver que yo había irrumpido violentamente en el departamento de Benny. Es más, el asesino tuvo que usar silenciador. Pudo acoplarlo perfectamente a mi revólver.

—Usaría guantes, sin duda. En tu revólver no aparecieron otras huellas que las tuyas.

—Cierto —admito—. Todo fue muy bien planeado, con una astucia y una inteligencia fuera de lo común. Incluso, después de desvanecido, me pegaron un par de puñetazos en la cara. Esto justificaba una lucha entre los dos y mi disparo, para defenderme de los golpes de Benny. En cuanto al golpe en la nuca, corresponde a mi caída, según el forense, claro. Benny me arreó el segundo puñetazo y, mientras yo caía, le disparé y lo maté.

Tía Annie se queda muy pensativa.

—Sobrino, fue una trampa muy inteligente —dice—. Alguien sabía que ibas a ir a casa de Benny y te esperó allí o entró sin que lo advirtieras. Primero te golpeó en la nuca, ¿no es cierto?

—Sí.

—Se te acercó por detrás y tú no notaste nada...

—No.

—No mereces ser policía —refunfuña tía Annie—. El que se te acercó, pese a todo, tenía que estar un tanto nervioso. Habría estado más tranquilo, apuntándote a cinco pasos con un revólver. Pero tenía que acercarse y asestar un golpe muy bien calculado, para que perdieses el sentido, pero sin más daños. Eso, por muy tranquilo que sea uno, siempre produce cierta excitación. Si el tipo hubiera fallado el golpe, tú te habrías revuelto y... ¿comprendes lo que quiero decir?

Dejo la taza y el plato sobre la mesa, muy interesado.

—Tienes razón, tía —digo—. Pero ¿a qué viene eso?

—Se situó muy cerca de ti. Tuviste que oír una respiración levemente jadeante... ¿Percibiste algún olor? ¿Colonia de hombre? ¿Talco? ¿Sudor?

Chasqueo los dedos.

—Ahora que lo dices... Sí, de repente noté un olor... Perfume. Pero no sé qué clase de perfume...

Tía Annie sonrío. Esa sonrisa, cuando tenía solamente veinte años menos, debía de volver locos a los hombres. Y, sin embargo,

nunca se casó.

—Sobrino, ¿por dónde piensas empezar? —pregunta.

—En la cárcel me dieron un «soplo».

—Muy bien. Ve a ver al fulano...

—Es una fulana, tía.

Ella me mira maliciosamente.

—Cuidado, sobrino —me avisa.

—Tranquila, tía Annie.

—Larry, eres joven y tienes una salud de toro. No te dejes engatusar por alguna bribona. Me hago cargo de lo que te sucede, pero no permitas que el sexo te ciegue. Ten la cabeza firme.

Me quedo boquiabierto, mirando a tía Annie. Ella mordisqueea delicadamente una pasta de té.

—Pero..., tía...

—Querido, hace cuarenta años una señorita no mencionaba jamás ciertos temas. Pero ello no significaba que no tuviera problemas con el sexo y que no supiera resolverlos a su manera. Eso es algo tan viejo como el mundo, Larry. O no estaríamos aquí, claro.

—Me siento pasmado, tía Annie. Tú, tan distinguida, tan puritana...

—Siempre he sido distinguida, pero hubo un tiempo en que de puritana no tenía nada. Claro que tampoco lo propalaba como hoy hace cualquier chica que quiera llegar muy alto. Se hacía... y no se decía a nadie, esa es la diferencia.

Carraspeo.

—Me voy —digo—. Si la conversación sigue por estos derroteros, tendré que ponerme tapones en las orejas.

—Cuidado, Larry. Y suerte.

—Sí, tía.

Salgo de la casa. Murdock, el chófer, me pregunta adonde quiero ir. Yo le digo que me preste el coche pequeño, el que usa la cocinera para hacer los recados. Ir de pesquisas por ahí en un «Rolls», con chófer uniformado, resultaría un disparate.

Además, todavía conservo mi antiguo departamento. Aunque tía Annie está podrida de dinero, he sido siempre muy independiente. Revisaré el piso, para ver cómo está. Alguna vez puede convenirme quedarme allí.

El departamento está en orden. Eso debe ser cosa de tía Annie.

No se deja un detalle. Incluso la nevera está repleta. El teléfono ha sido conectado de nuevo, lo mismo que el agua y la luz.

Perfecto. Ahora solo me falta hablar con Bess Trall. Sé dónde vive. *El Grajo* me lo indicó antes de salir de la cárcel. También me dio otros detalles muy valiosos. Aún ignoro los medios que tía Annie ha empleado para conseguir mi indulto. Supongo que el apellido Van Brudenlock todavía pesa un poco.

Cuando me dispongo a salir, llaman a la puerta.

Abro. Una hermosa muchacha, alta, esbelta, de pecho de diosa y largas piernas, me mira inquisitivamente.

—¿Larry McBaith?

—Sí.

—Quiero hablar con usted.

—Está bien, entre.

Ella viste discretamente, aunque la falda del traje rojo, con bordes blancos y negros, es muy corta. Pendiente del hombro izquierdo lleva un gran bolso de cuero.

—Me llamo Medora Poulsen —se presenta. Abre el bolso, saca un revólver y me lo encara a la tripa—. Voy a matarle, sargento —anuncia.

El estómago se me contrae.

—¿Por qué? —pregunto.

Desesperadamente, trato de ver si puedo saltar hacia ella. Está a cuatro pasos. La bala llegará antes y el revólver, calibre 32, no hará mucho ruido.

—Usted asesinó a mi hermano. Dirá que no es cierto, pero no le creeré —contesta Medora.

—Ha estado aguardando año y medio largo para venir a buscarme, ¿no es cierto?

—Aquí me tiene —contesta ella.

—Muy bien. Dispare, pero perderá el tiempo. Llevo un chaleco blindado. ¿O me toma por tonto?

Hay un gesto de sorpresa en los ojos de la chica. Lentamente, empiezo a desabrocharme la chaqueta. Ella se distrae. Con la pierna derecha, disparo una silla. Le pega en el brazo y el arma salta por los aires. Medora se tambalea. Grita. Salto hacia ella y la empujo violentamente contra un diván.

—¡Estúpida! —digo, furioso—. Yo podría alegar ahora que soy

inocente, y lo soy, en efecto, pero usted no me haría caso. Está ciega, por lo poco que he podido apreciar, tan ciega que no le importa ir a la cárcel para veinte años. Saldría convertida en una pasa, algo que no se podría mirar a la cara...

Los labios de la chica tiemblan.

—Usted mató a Benny —insiste.

—No lo maté, señorita —respondo—. Pero, de todos modos, debe saber una cosa: el día en que se conoció la noticia, hubo un consumo extraordinario de botellas de champaña. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—No es verdad...

—Su hermano era odiado por infinidad de personas, incluyéndome a mí. Pero en aquellos momentos me interesaban más sus informaciones que su repugnante pellejo. Y no le diré más, porque no está dispuesta a escucharme...

—¿Cómo voy a escuchar a un asesino? —chilla.

Súbitamente, Medora alza la mano y me arrea una tremenda bofetada. Pierdo un poco los estribos, la agarro por un brazo, me siento en una silla y la coloco sobre mis rodillas. Luego empiezo a mover el brazo derecho, arriba y abajo, rítmicamente, mientras las hermosas piernas de Medora baten el aire desesperadamente.

Al fin, me pongo en pie. Ella, naturalmente, rueda por el suelo.

Me mira furiosa.

—Bruto, salvaje...

Caída en el suelo, de costado, apoyada en un codo, se frota las caderas doloridas con la otra mano. Yo me arrodillo frente a ella y la miro intensamente.

—¿Cuántos años tienes? —La tuteo sin más remilgos.

—Veintiséis...

—Mientes. Tienes veintiuno.

—Veintidós.

—Está bien. Benny tenía treinta y siete. Eso significa que naciste quince años después. Él vivía aquí. No se le conocía familia de ninguna clase. ¿De dónde diablos has salido?

—De..., de Fresno, California. Vivía allí con mi madre, que murió hace unos meses. Era viuda...

—Ningún familiar de Benny acudió a su entierro. ¿Por qué, ahora, tanta urgencia en vengar su muerte?

Poulsen... no era su apellido. El apellido auténtico es Palmer. Yo lo he empleado por...

—Medora, averiguaré si lo que me has dicho es verdad. Eres una chica demasiado bonita para dejarte llevar por la venganza. Un impulso que ahora resulta incomprensible, ya que jamás los Palmer tuvieron relación con el bribón de cuya muerte se me acusa. Averiguaré la verdad, créeme.

Entonces, Medora, sorprendentemente, se derrumba y rompe a llorar.

Yo me había oído que había algo raro en su venganza. Ella había hablado demasiado. Con decirme el nombre y apretar el gatillo habría tenido más que suficiente. Pero no se atrevió, sencillamente, porque no debía estar muy convencida de que lo que iba a hacer era justo.

Me siento compasivo y la ayudo a levantarse. Luego, persuasivamente, la empujo hacia el baño.

—Anda, arréglate —indico—. Luego hablaremos.

Ella hipa un poco, se suena la nariz y acaba desapareciendo en el baño. Yo vuelvo a la sala y empiezo a preparar dos vasos. Veo el revólver y, malhumorado, lo lanzo de una patada bajo el diván.

En aquel momento, veo que se abre la puerta cautelosamente.

Un tipo asoma la cabeza y respinga al verme vivo. Le conozco bien; es Lemmy Walters.

—Entra, entra, Lemmy —invito, sonriente—. ¿Quieres un trago?

Walters, desconcertado, no sabe qué hacer. Entonces, salto hacia él, le agarro por los pelos y tiro con fuerza hacia dentro.

El fulano chilla. Le arreo una en el estómago. Otra va a su nariz. Se sienta en el suelo y lloriquea.

—Basta —suplica.

Me inclino hacia él.

—Lemmy, quiero que hables o te volveré la cabeza del revés, para que puedas ver cuando andes hacia atrás —digo, amenazador.

—Por favor, sargento, yo no tengo nada que ver con esto... Ha sido cosa de Shad Shoulton... Me dio veinte «pavos» para que subiera a ver qué había en su departamento... Yo estaba tan tranquilamente en el

Tullie's

y él me hizo venir. No pude negarme, créame.

Es posible que Walters sea sincero. No es sino un maleante de tres al cuarto, un «soplón» de baratillo. Su gran ambición sería formar parte de una buena banda, pero todos le conocen bien. Si él entrase en esa banda, no sería necesaria la policía para destruirla. Walters es un hombre de una mala suerte inveterada. No hay más que ver lo que le ha pasado: apenas asoma la nariz en una parte, alguien lo agarra por el pescuezo. Yo en este caso.

—De modo que Shoulton, ¿eh?

—Sí, sargento...

—No me llames así —digo malhumorado—. Ya no pertenezco a la policía. Y no lo lamento.

Me separo del tipo.

—Lemmy, voy a decirte una cosa —agrego—. Shoulton te envió aquí para ver si encontrabas mi cadáver. Como te llamará por teléfono o irá a verte, dile que disfruto de una salud a prueba de bomba. ¡Largo!

Walters aprovecha la ocasión y escapa con el rabo entre piernas. Yo me pongo de mal humor y me sirvo una copa.

Espero a Medora. La chica tarda demasiado. Me impaciente.

Al fin, harto, voy al baño y lo abro. Medora no está. Se ha esfumado.

CAPÍTULO III

Mientras voy a la casa de Bess Trall, me pregunto constantemente cómo ha podido escapar la chica desde el cuarto de baño. Son siete pisos hasta la calle, y aunque el baño da a la parte posterior, donde hay unos pequeños jardines, la distancia es demasiada para pensar en un salto. Naturalmente, no ha podido utilizar un helicóptero ni tampoco hay una cornisa por la que pasar a otro departamento contigo. Diablos de chica, ¿por qué habrá tenido que largarse?

Al cabo de un rato, detengo el coche delante de una casa de regular aspecto. Allí vive Bess Trall. Es relativamente pronto, puesto que no ha llegado aún el mediodía, y Bess es un ave nocturna. Estará durmiendo, seguro.

Entro en la casa. *El Grajo* me indicó el piso en que vive. Ese tipo lo sabe todo. Subo por las escaleras, son tres plantas y no hace falta usar el ascensor. Llego ante la puerta del departamento de Bess y toco suavemente con los nudillos.

Nadie me contesta. Casi sería mejor sorprenderla dormida. Tanteo el pomo y gira. Empujo la puerta. Asomo la cabeza.

Hay un silencio absoluto en la casa. Entro pisando de puntillas. Sí, Bess está en la cama, con los brazos extendidos, espatarrada... ¡y una media de seda en torno al cuello!

Algo me produce una sacudida. ¿Quién ha cerrado una boca comprometedora?

Me acerco a la víctima y pongo un dedo en su mejilla. La piel está fría. Hace ya un par de horas al menos que ha muerto. Sobre su sien izquierda veo una señal. Primero la atontaron de un fuerte golpe. Así no pateó cuando moría estrangulada.

Bien, ahora es cuestión de registrar la casa meticulosamente, para ver si encuentro algo útil. Después de tocar una cosa, limpio con cuidado mis huellas dactilares. La muerte de Bess tardará en ser

descubierta; las fulanas de su clase suelen salir muy tarde de casa.

Una hora después, tengo que batirme en retirada, sin haber conseguido nada positivo. En uno de sus bolsos, seguro, debía de llevar una agenda. Ha desaparecido. En cuanto a papeles con posibles pistas, nada tampoco.

Borro las últimas huellas y salgo a la calle. Puede decirse que he perdido la mañana. Bien, ahora se trata de llegar hasta Randy *el Cojo*. Es otro de los nombres señalados por Davy.

La muerte de Bess Trall habrá resultado muy oportuna para alguien. Me pregunto quién me vio hablando con *el Grajo* en la cárcel. El hombre de los tentáculos largos tiene ojos y oídos en todas partes.

Por supuesto, a Bess no la ha asesinado un «cliente». Quienquiera que lo haya hecho, cometió un error imperdonable: debiera haber desordenado la casa, llevándose unos cuantos dólares que ella tenía en el bolso. De este modo, el crimen se habría achacado a un tipo enfurecido tal vez por considerar excesivo el precio de los favores otorgados por Bess. Aunque, bien mirado, ese error no tiene importancia para ellos.

Lo que sí tenía importancia era cerrar la boca de Bess y eso está conseguido.

Encuentro a Randy *el Cojo* alrededor de las ocho, en un tugurio llamado *Black House*. Randy está con una fulana de pelo rojo vivo y pechos como ubres de vaca. Me entran tentaciones de pinchar uno de esos sacos de grasa: seguramente, saldrá un chorrito de líquido y se desinflará como un globo agujereado.

Randy me mira parpadeando. Le hago una seña con la cabeza. El fulano dice algo a la vaca bípeda y ella asiente. Yo estoy sentado ante una mesa. El camarero trae una botella y dos vasos.

—Sargento...

—Llámame Larry, *Cojo*.

—Tengo las dos piernas en magnífico estado. Una vez me rompí la derecha y tuve que llevar muletas. Por eso me pusieron el apodo.

—Lo siento, Randy. Un amigo tuyo me dijo que hablase contigo.

—No tengo amigos, y menos de su clase.

El tipo se muestra hostil. Me conviene apaciguarle.

—¿Quieres ganarte cincuenta «pavos»? —sugiero.

Randy dulcifica el gesto.

—¿Qué quiere de mí? —pregunta.

—Maté a Benny Poulsen. Supongo que recuerdas el caso.

—Larry, déjeme que bese la mano que empuñó el revólver justiciero —dice Randy melodramáticamente—. Aquella noche me emborraché, palabra.

—No sabes cuánto lo celebro —respondo, sarcástico—. ¿De veras crees que Benny era tan malo?

—Peor, Larry, puede que no se lo crea, pero este negocio es mío. Benny quería hacerme un seguro de cien dólares semanales. Y hubiera tenido que pagar, de no haber sido por su disparo tan oportuno.

—Me sorprendes, Randy. Te has convertido en un capitalista...

El Cojo mueve los hombros.

—Hay que pensar en el futuro —dice.

—Previsor —le elogio—. Aquella noche, Benny me llamó. Dijo que tenía una buena información para mí. ¿Sabes qué hacía en aquella época?

—Sí, pero yo no sé nada. Se lo juro, Larry. Si lo supiera...

—Aquí ves y oyes mucho. Dime lo que sepas ahora.

Randy se frota la mandíbula vigorosamente.

—Larry, ¿hay peligro? —Consulta.

—La vida es una sucesión interminable de peligros —digo, filósofo.

—Busque a *Pig* Mick.

—¿Dónde, Randy?

—Ese frecuenta sitios más distinguidos. En su casa, Tercera, 642, o en el *Sabrina*. Añadiré una cosa, Larry: Poulsen se había vuelto demasiado ambicioso. Ahora, el «seguro» que tengo es solo de veinte dólares semanales. Se puede soportar, ¿comprende?

Muevo la cabeza. Luego pongo los diez billetes bajo mis posaderas.

—Verás la «pasta» cuando me levante —digo—. Supongo que la invitación va por cuenta de la casa.

—Claro. Oiga, Larry, ¿se ha enterado ya de lo de Bess Trall?

—He leído la edición extra del *Courier*. ¡Pobre chica!

—Sí, era una buena mujer.

Abandono el tugurio. Consulto la hora. Me siento cansado. Las cosas no van a mejorar porque me mate a correr de un sitio para

otro. Tengo la seguridad de que pasaré una velada encantadora con tía Annie. Yo me sentaré en un butacón, con una copa balón entre las manos, y ella dará un magnífico concierto de piano para mí. Es toda una artista.

Las últimas notas del *Impromptu* de Schubert se desvanecen en la atmósfera del salón. Dejo la copa a un lado y aplaudo cortésmente. Tía Annie se levanta, gira y vuelta hacia su único espectador, hace una cortés reverencia.

—No sigas aplaudiendo, porque no bisaré ninguna obra ni añadiré otra de regalo —dice, maliciosa—. Ve al lavabo y enjuágate la boca con agua clara.

—¿Por qué? —preguntó asombrado.

—Tienes el gusto del coñac en las papilas linguales y eso impresiona también a la pituitaria. Haz lo que te digo, sobrino.

A veces, conviene obedecer a tía Annie sin hacer más preguntas. Cuando regreso del baño, ella ha situado sobre una consola una larga batería de frascos de perfume, muchos de ellos de un precio que pone los pelos de punta.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Sobrino, cuando estabas en casa de Benny, te golpearon por detrás. Pero percibiste un perfume.

—Eso es —admito.

—Bien, ahí tienes frascos de perfume. Empieza a oler.

Miro a tía Annie. Ella sonríe.

—Eres una zorra... y lo digo por tu astucia y no por otra cosa —exclamo alegremente.

—Después de oler cada frasco, mójate las fosas nasales con agua limpia y aspira varias veces hondamente —aconseja ella.

—Mis pulmones se van a desarrollar como fuelles, tía.

—Falta te hace. Durante año y medio, eras un barco varado, cubriéndose de herrumbre. Ya es hora de que empieces a moverte.

Me acerco a la consola y destapo el primer frasco. Tía Annie se sienta en una butaca, lejos de mí, y me contempla especulativamente.

Tía Annie lo ha preparado todo bien: agua limpia, algodón, pinzas... El tiempo pasa tediosamente y, de cuando en cuando, abro la ventana y respiro el aire exterior.

De repente, un perfume llama mi atención.

Respiro una vez, otra...

—Lo has encontrado —adivina tía Annie.

Me vuelvo hacia ella.

—Juraría que sí —respondo.

—A ver, tráeme el frasco.

Se lo entrego. Ella lee la etiqueta. «Torbellino 3».

—Buen perfume, poco usado y ya un tanto anticuado —califica

—. Bien, sobrino, ya tienes por dónde empezar.

Arrugo el ceño.

—Tía, ¿tratas de decirme que fue una mujer la que me atacó y luego disparó contra Benny?

—Exactamente, sobrino —responde ella, impasible—. Como dice el refrán francés, *cherchez la femme*. Tienes que buscar a una mujer y resolverás el problema.

—Eres demasiado optimista, tía.

Ella me mira críticamente de pies a cabeza.

—Si no fueras mi sobrino, si tuviera cuarenta años menos, ibas a saber lo que es bueno —dice desenvueltamente—. Y si tú no sabes encontrarla, ¿de qué te sirve ser hombre?

—Eres cruel, tía.

—Tú eres un Van Brudenlock. Quiero que tu nombre quede completamente limpio —se levanta y mueve la mano—. Ofreceme el brazo; debes acompañarme a mi dormitorio —ordena.

—Sí, tía —suspiro.

Ahora es cuestión de buscar por todas las perfumerías de la ciudad a una mujer a quien le guste «Torbellino 3» y obtener las deducciones correspondientes. Tía sostiene que yo debo conocerla, por lo que, aunque fuesen muchas las que usen ese perfume, y ella no lo cree así, porque ya está pasado de moda, debo localizarla con cierta rapidez.

Me he pasado la mañana recorriendo perfumerías. Hasta el momento, no he obtenido el menor resultado. Cuando dan las doce y media, me digo que es la hora de hacer un pequeño alto y llenar el buche. En una cafetería, pido un bocadillo y una cerveza. Como con buen apetito, pero pensativamente. ¿Una mujer, atacándome y luego matando a Poulsen?

En las deducciones de tía Annie hay algo que falla aunque, por el momento, no acabo de captar ese posible fallo. Cuando termino

de almorzar, pago la cuenta y salgo a la calle.

Entonces, me tropiezo con una mujer y casi la derribo al suelo.

—¡Bruto! ¿Es que no tiene ojos en la cara? —Me apostrofa. Súbitamente, lanza un chillido—. ¡Usted!

Alargo la mano rápidamente y corto la huida de Medora.

—No te escapes, preciosa. Tenemos que hablar.

—Suéltame o gritaré, llamando a la policía...

—Grita.

Medora ve en mis ojos la firme decisión de no soltar su brazo.

—Está bien. ¿Dónde vamos?

—Donde gustes, hermosa.

—Iba a almorzar...

—Volveré ahí adentro y pediré un café. Yo acabo de hacerlo.

—Larry, tiene que dispensarme. Escapé de su casa.

Me inclino hacia atrás y le miro la espalda.

—¿Tengo manchado el vestido? —pregunta.

—No tienes alas —digo—. ¿Cómo «volaste»?

—No volé. Me acordé de Newton y de la ley de la gravedad.

Ya estamos sentados tras una mesa. Viene una camarera y Medora le pide un bocadillo y un café. Yo encargo otro café.

—A ver, ¿qué es eso de la ley de la gravedad? —pregunto.

—Los cuerpos caen siempre hacia abajo, Larry.

—Pero hay siete pisos...

—Y yo llevaba una cuerda con un gancho en el bolso. Mírala...

Abre el bolso. Me quedo estupefacto. Parece cuerda de violón, dada su delgadez. El gancho no es mayor que mi mano.

—Además, usé guantes. Cuando estuve abajo, moví la cuerda un poco, el gancho se soltó y recobré todo —añade.

Me doy una palmada en la frente. Llega la camarera con el pedido y espero a que se marche.

—Eres increíble, Medora —digo. De repente me acuerdo de algo—. Querías matarme. ¿Por qué?

Ella aprieta los labios.

—Bueno, fue un arranque...

—Nena, había alguien esperando para ver mi fiambre. A ti te ordenaron liquidarme, ¿quién?

Medora me mira, afligida.

—Por favor, Larry...

—Tengo que apretarte las clavijas. Y quizá sea por tu propio bien —contesto, inflexible.

—Dijo que se llamaba Cassius Bryce, no sé más. Vino a verme a Fresno, dijo que ibas a salir libre, que era una vergüenza...

—Cassius Bryce —murmuro—. Averiguaré quién se oculta tras ese nombre. Sigue, Medora.

—Se portó muy cortésmente conmigo y me convenció para que viniese aquí y empezase a hacer declaraciones a diestro y siniestro, a fin de desprestigiarte. Puesto que habías matado a mi hermano, me pareció bien, pero cuando llegué a la ciudad, Bryce varió el plan y me puso un revólver en la mano. Dijo que si no te mataba, él me mataría a mí.

—Sí, la hermosa, joven que venga al querido hermano muerto por un policía desaprensivo —digo furioso—. La opinión pública se hubiera volcado en tu favor y hasta te habrían aplaudido. Un abogado emprendedor te habría defendido en el juicio, aconsejándote un vestido corto y las piernas bien cubiertas de seda... Dime, ¿cómo es Bryce?

—Pues... alto, delgado, muy guapo, con un bigotito fino... Casi siempre lleva una flor blanca en el ojal... Ah, le gustan las corbatas de color vino...

—Shad Shoulton —adivino en el acto.

—¿Le conoces?

—Por supuesto. Y ando buscándole. Hijo de... Perdón, nena.

—Si pensabas añadir esa palabra de cuatro letras y desahogarte, hazlo —dice Medora tan tranquila.

—Me conformaré con pensarlo.

—Bien, puesto que le conoces, irás a verle, supongo.

—Sí.

—¿Qué harás entonces?

—Despegarle el bigote a tirones si no habla —contesto ceñudamente.

CAPÍTULO IV

Un hombre cruza el local y pasa junto a nuestra mesa. Algo cae junto a mi taza de café. Es un trocito de papel.

Cuando quiero darme cuenta, el tipo ha desaparecido. Pero he podido reconocerle. Es Lemmy Walters, el tipo de la mala suerte.

Prudentemente, desdoble el papelito y leo:

«Cuidado. Ay dos tipos hesperándole fuera. Son hamigos de Shoulton».

Hago una bolita con el papel y lo guardo en el bolsillo. La ortografía de Lemmy es pésima, pero el «soplo» resulta interesante.

—¿Qué pasa, Larry? —pregunta Medora.

—Quieta aquí —digo.

Me pongo en pie y avanzo unos pasos. Sí, el coche está fuera. Ray Colino es el conductor. Detrás de unas enormes gafas negras, reconozco a Burt Williams. Seguro que tiene una pistola con silenciador a punto. Hará fuego, amparándose en el periódico que finge leer con gran interés. El ruido en la calle es grande. Nadie oirá el disparo. O los disparos.

La atención de la gente se centrará en el hombre que cae al suelo. Y los dos asesinos, naturalmente, se marcharán con toda tranquilidad.

Regreso de nuevo a la mesa.

—No te asustes —digo—. Está ahí.

Medora palidece.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta.

—¿Tienes algún empleo?

Ella da un bote.

—No, pero tampoco lo busco...

—Mi tía necesita una doncella. Estarás muy guapa con uniforme.

—Larry, te has vuelto loco.

—No. Aguarda.

Vuelvo a levantarme Cuando veo que va a salir una pareja, me pongo detrás del hombre, algo encogido de hombros Es una canallada, pero sé que Williams no tirará contra un desconocido Me busca a mí, precisamente.

Williams no me ha visto. Ha lanzado una mirada indiferente hacia la pareja y vuelve su atención hacia el periódico. Aprovecho, rápido, y me sitúo junto al tapón de la gasolina. Hurgo despacio con una navajita. Lo destapo.

Disimuladamente, enciendo un fósforo. Luego me retiro corriendo.

—¡Fuego! —grito a todo pulmón.

Un chorro de llamas sale por el orificio. Los dos matones saltan del coche, despavoridos. La gente escapa en todas direcciones. Se produce una barahúnda fenomenal.

Williams cruza a todo correr por delante de mí, ciego, sin verme siquiera. Alargo el pie y cae. Aprovecho el jaleo, le doy un par de taconazos en los nudillos.

De Colino no hay ni rastro. El tanque de combustible explota. Hay un lío mayúsculo de coches que frenan, faros rotos y parachoques convertidos en acordeones. Las llamas envuelven por completo un costoso vehículo. Se oyen sirenas. Algunos policías tratan de calmar el tumulto.

Williams está desmayado. Alguien lo recogerá. Le encontrarán una pistola con silenciador. Eso le costará caro. La gente puede llevar pistolas para defensa personal, pero el que usa silenciador, es que piensa matar a alguien.

Vuelvo a la cafetería. Casi encuentro lógico que Medora se haya esfumado por segunda vez.

Al parecer, no le gusta vestir el uniforme de doncella de casa rica.

Por la tarde, entro en el *Sabrina*. Es un sitio caro. Luces indirectas, música suave y demás. Grandes escotes en las camareras y en las que no lo son y se buscan la vida. Yo busco a *Pig* Mick.

En realidad, se llama Michael Fanlon. Pero tiene una cara que justifica por completo el apodo que le han dado: «Pig», cerdo. Mick

no está a la vista.

Me siento en un taburete alto, junto al mostrador, y pido un escocés con hielo. A los pocos momentos, se me acerca una mujer.

Es de regular estatura, muy rubia, y formas generosas. Jessica Bartlett está muy orgullosa de su físico y lo demuestra con un escote que apenas tiene tela.

—Hola, Larry —saluda.

Me vuelvo hacia ella. Jessica sonrío perturbadoramente.

—Estás desacostumbrado a estos sitios —añade.

—Un poco —admito—. ¿Cómo marcha el negocio?

—Bien, no puedo quejarme —mueve una mano—. Jimmy, la consumición del señor por cuenta de la casa —indica al barman.

—Sí, señora.

—Gracias, hermosa. Más guapa que nunca, aprecio.

—Me conservo bien, Larry. ¿Qué buscas por mi humilde casa?

Tomo un trago.

—Si en vez de un hombre, fuese un animal, tendría un rabo en forma de sacacorchos —contesto.

Jessica se pone seria de repente.

—*Pig* —murmura.

—Sí.

—Lo siento. Ha dejado de venir por aquí.

—Tengo entendido que era buen cliente tuyo...

—No tengo clientes en el cementerio, Larry.

Apuro la copa de un trago.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Me llamó la policía para identificarle. Tenía tres ojos después de muerto, el tercero en medio de las cejas.

—Es curioso. Me han dicho que podía encontrarle aquí...

—¿Quién, Larry?

—Eso no importa ahora. Nena, ¿estás segura de que era *Pig*?

—Tenía una cara inconfundible —responde Jessica.

—Entonces, he perdido el tiempo. Pero hoy le voy a machacar las narices a un embustero.

Ella se echa a reír.

—Tienes muy malos confidentes —dice, burlona—. Larry, perdona, pero he de atender a la clientela.

En aquel momento, una pareja, ambos elegantemente vestidos,

desfilan por delante de nosotros. Procuro contenerme. El hombre es Shad Shoulton, alias Cassius Bryce. A ella no la conozco, pero se ha bañado en perfume.

Concretamente, en «Torbellino 3».

—Oye, nena, ¿quién es la fulana? —pregunto.

Jessica me mira críticamente.

—¿Te interesa?

—Sí.

—Se llama Ada Mallonby. Guapa y muy inteligente.

—¿Qué hace?

—En estos momentos, divertirse. Otras veces, supongo, dirige su agencia de información.

—Una agencia de información —resoplo.

—Sí, ¿por qué no? ¿Qué me dices del Año Internacional de la Mujer y demás zarandajas sobre igualdad de derechos?

Contempló a la acompañante de Shoulton. Es realmente hermosa y sabe vestir. Se me ocurre una idea, pero no se la digo a Jessica, claro.

—Tengo que atender a la clientela. Dispensa —se despide ella.

Enciendo un cigarrillo. Luego, calmamente, me dirijo a la salida.

Antes de franquear el umbral, miro cuidadosamente. Ya me esperaban hoy para enviarme al tribunal donde deciden si uno ha de llevar alas o cuernos. ¿O quizá esperaban a Medora, por no haber cumplido su parte en la comedia?

No hay nadie sospechoso a la vista. En cuanto a Burt Williams, no podrá empuñar una pistola en algunos meses. A menos que tire con la izquierda, claro.

Salgo y doy la vuelta al edificio. Hacia el lado norte hay un solar donde se estacionan los automóviles de la clientela. Cuando voy a llegar junto al mío, alguien apoya una cosa dura en mi costado izquierdo.

—Tenemos otro coche mejor preparado, sargento —dice el fulano.

Vuelvo la cabeza, pero no le puedo ver bien la cara. En cambio, observo que otro sujeto se me acerca por el costado derecho. Van a llevarme a dar un paseo, seguro.

De pronto, giro con violencia, el codo izquierdo pegado al

cuerpo, lo que desvía la pistola. Al mismo tiempo, he levantado el puño derecho, que se estrella contra el mentón del fulano. El otro carga contra mí y alzo el pie derecho y se lo hundo un poco más abajo del ombligo. Suena un gemido agónico.

Me vuelvo al de la pistola, que empieza a recobrarse. Golpeo sucesivamente con ambas manos, uno, dos, muy rápido, al rostro. El hombre se desploma como un saco. Pero cuando empiezo a girar para sacudirle al otro, algo estalla dentro de mi cabeza.

Veo miles de estrellas y oigo una especie de cañonazo. En una fracción de segundo, pienso que son mis últimas sensaciones.

Luego, la noche, el silencio, la calma absoluta...

Llueve copiosamente, cada vez más. Ahora estoy debajo de una catarata. Voy a ahogarme, toso, estornudo... De pronto, me doy cuenta de que solo me han arrojado un cubo de agua a la cara.

Alguien me tira una toalla.

—Anda, sécate.

La cabeza me duele mucho. Torpemente, me seco la cara, mientras me esfuerzo en sentarme en el suelo. Al cabo de unos momentos, puedo darme cuenta de que estoy en un sótano de paredes de cemento, con una sola bombilla en el techo.

Alguien se inclina hacia mí y me ofrece una taza humeante. Al menos, el café está bueno.

—¿Sargento? —dice alguien.

—Soy, simplemente, Lawrence McBaith, Larry si lo prefiere. No tengo ya nada que ver con la policía. Me expulsaron.

—Dispense, es la costumbre. Señor McBaith, quiero que sepa mi aflicción por la forma tan indecorosa en que nos hemos visto obligados a traerle hasta aquí. Pero suponía que no vendría por propia voluntad.

—Suponía bien... —La vista se me aclara y reconozco al sujeto —. Hola, Cassius Bryce.

Shoulton sonrío.

—Se lo dijo la chica.

—Sí. No tuvo valor suficiente para matarme, a pesar de que usted le lavó el cerebro.

—Pensé que sería una buena idea. Veo que me equivoqué. Y, en cierto modo, me alegro, porque así he tenido la ocasión de conversar con usted.

—Perfecto —dejo la taza en el suelo y me toco los bolsillos. Uno de los matones intuye mis deseos, me da un cigarrillo y acerca el encendedor. Después de la primera bocanada de humo, añado—: ¿Y bien, Shad?

—Hagamos un trato, Larry. Usted me deja en paz y yo le dejo en paz. Esto es todo.

—Vaya, yo creí que...

Shoulton se echa a reír.

—Creyó que mis chicos le traían aquí para «apiolarlo», ¿verdad?

—Puede que no sea el primero, Shad.

—Dejemos eso a un lado. —Shoulton se acucilla frente a mí y me mira fijamente—. Larry, usted ya consiguió el indulto. El hijo de puta de Benny está en el infierno. Dejemos, que las cosas sigan como hasta ahora, es decir, bien para todos. ¿Por qué complicarnos la existencia?

Yo le devuelvo la mirada.

—Por una razón muy sencilla, aunque dudo mucho de que usted lo entienda: el honor —contesto.

—¿El honor? —repite. De súbito, rompe a reír—. ¿Honor, en estos tiempos? Es usted la mar de divertido, sargento. Encontrar una persona honrada hoy día es tan raro como encontrar una esmeralda en el buche de un gorrión.

—Puede que haya gorrones capaces de tener esmeraldas en el buche. En tal caso, yo soy uno de ellos, Shad. Sí, estoy indultado, pero no exculpado total y convincentemente. Todavía sigo siendo el asesino de Benny. Y quiero quitarme ese sambenito de encima. ¿Lo comprende ahora?

Shoulton se incorpora de nuevo.

—Sí, lo entiendo —dice envaradamente.

—Entonces, ya hemos hablado bastante, Shad.

—Larry, quizá sea un tonto, pero voy a dejarle libre, solo para que reflexione. Ha conseguido el indulto y está libre. Olvídese del honor y de otras tonterías. La próxima entrevista, créame, no resultará tan amistosa. En realidad, ya no habrá más entrevistas.

Hago un esfuerzo y me pongo en pie.

—Tenemos puntos de vista diametralmente opuestos y no coinciden ni coincidirán. La muerte de Benny fue muy festejada y ciertamente no seré yo quien lamente su ausencia, pero no quiero

que me carguen con unas culpas que no son mías.

Shoulton, muy serio, hace un gesto con la mano.

—Lleváoslo —ordena a sus matones.

Uno de ellos avanza hacia mí y me venda los ojos.

—Mera precaución, sargento —se disculpa.

Prefiero callar. Dos manos me agarran los brazos y me conducen a una escalera, que acaba en una planta superior. Los pistoleros callan como muertos.

Atravesamos un par de estancias. De pronto, capto una vaharada de «Torbellino 3». Alguien contempla mi salida. Pero mantengo mi impasibilidad. Ada Mallonby está en la casa.

Un cuarto de hora más tarde, me dejan en pie, junto a un coche. Oigo el rugido de otro que arranca.

Me quito la venda de los ojos. El coche sobre el que tengo ambas manos es el mío.

CAPÍTULO V

—Tienes unas ojeras monumentales. ¿Qué tal la prójima, sobrino?

Tía Annie está sentada en la cama, con la bandeja del desayuno sobre las piernas. Normalmente, se despierta un poco tarde. Los años, claro.

—No hubo ninguna orgía —contestó, disimulando mi mal humor—. Tuve un par de tropiezos, pero di con una usuaria de «Torbellino 3».

—¡Magnífico! ¿Has hablado con ella?

—No. Pienso hacerlo hoy. Ni siquiera la conozco.

—A ver, cuéntame..., No tengas secretos para tu anciana tía.

Me siento a los pies de la cama y empiezo a hablar. Cuando termino, tía Annie me apunta con una tostada.

—Tal vez Ada Mallonby no tenga nada que ver con este asunto. En lo que a mí personalmente se refiere, pienso que Shoulton es la cabeza visible de todo el tinglado. Y yo he recordado otra mujer que usa ese perfume.

—¿Quién, tía? —pregunto, muy interesado.

—Hace tres años, tuviste que escapar de su acoso. Hiciste bien, por otra parte. Se llama Della Froud.

—¡Della Froud! —exclamó—. Es...

—Sí, la bella y casquivana esposa de Jerome K. Froud, el hombre que aspira a ser el próximo alcalde. Toda una potencia en la ciudad, ¿no?

—¿Cómo sabes que Della usa «Torbellino 3», tía?

—Hace algún tiempo, coincidimos en una exposición. Esa chica, bueno, ya tiene treinta y tantos años, no es capaz de distinguir un cuadro de una sartén, pero ahora quiere dárselas de intelectual. Me la presentaron y cambiamos las clásicas frases de cortesía, eso es todo. Pero daba la sensación de haberse bañado en ese perfume.

—Entiendo. Sin embargo, no puedo ir a verla... —Me doy una palmada en la frente—. Tía, creo que ya tengo la solución.

—¿Qué solución, Larry?

Me levanto y voy hacia la puerta.

—Te lo diré a la hora de cenar —respondo.

La residencia de tía Annie está a media hora de la ciudad. Me cuesta un poco más llegar a las oficinas de A. Mallonby, Agencia de Información, como reza el título que hay en la puerta.

Las oficinas están en un edificio comercial. Moqueta de dos dedos de espesor, muebles ultramodernos, secretarias bonitas y eficientes..., una de las cuales, para pasmo mío, es nada menos que Medora Poulsen.

Medora sale a mi encuentro.

—¿Señor? —dice, sin dar muestras de conocerme.

Saco una tarjeta.

—Entréguesela a la directora, señorita —indico.

—Sí, señor.

Un par de minutos después, entro en un despacho que parece el puente de mando de una astronave del siglo XXII. Ada Mallonby se pone en pie al verme. Es muy alta, esbeltísima, de pelo cortado y peinado de tal forma, que parece un casco de bronce. El vestido es de un diseño perfecto y, en torno a su cuello de cisne, lleva una delgada hilera de perlas.

Las manos son de concertista de piano, finas, largas, con las uñas pintadas discretamente. En torno a la muñeca izquierda lleva la pulsera de un reloj de platino y diamantes.

—Señor McBaith, soy Ada Mallonby —se presenta—. ¿Quiere sentarse y exponerme su caso?

Se lo expongo. Ada arquea las cejas.

—Será un tanto difícil —califica, cuando termino de hablar.

—¿Hay algo fácil en este mundo, señorita?

Ada suaviza su gesto un tanto adusto.

—Eso es cierto —concuerta—. Bien, haré lo que pueda. Los honorarios de la agencia son cien dólares diarios, más gastos. Naturalmente, deberá depositar un anticipo...

Impasible, saco un talonario de cheques y le doy uno por quinientos dólares. Ada toca una tecla del interfono:

—Señorita Palmer, cuando salga el señor McBaith, hágale un

recibo por la cantidad de quinientos dólares —ordena.

—Sí, señorita Mallonby.

Ada se pone en pie y sonrío.

—Haremos lo que podamos —dice—. Ah, y muchas gracias por su comportamiento.

—No entiendo...

—La mayoría de los clientes, cuando terminan de exponer su caso, me dicen que lo trataríamos mejor en su apartamento.

—En mi apartamento, yo trato de otros asuntos, señorita Mallonby —contestó—. Ha sido un placer —me despido.

—Encantada, señor McBaith.

Salgo del despacho. Medora, muy seria, me entrega un papel. Cuando lo hace, observo un leve guiño.

—Su recibo, señor.

—Gracias, señorita.

Salgo de las oficinas. En el corredor, leo el recibo. No dice nada de particular.

Doy la vuelta al papel. Hay una nota:

«A las siete, en
Dood's
».

Doblo el recibo y me meto silbando en el ascensor. Luego me dirijo a mi apartamento. Tengo que examinar el contestador automático de llamadas. Puede que no haya recibido ninguna, pero nunca se sabe.

En efecto, hay una llamada. Es de Lemmy Walters.

—Sargento, *Pig Mick* está vivo. Venga a verme —ha dicho—. Le aguardo en el *Black House*, a mediodía. No falte.

Consulto el reloj. Todavía falta algo más de una hora. Me preocupa que Jessica haya dicho que Mick esté muerto. Además, aseguro haberlo identificado.

¿Por qué me ha engañado?

Se lo preguntaré después de que haya visto a Lemmy. Levanto el teléfono y hago una llamada.

—Residencia Froud —dice una voz femenina.

—Soy André, de la Perfumería Versailles. ¿Puedo hablar con la

señora Froud?

—Intentaré... —dice la sirvienta.

Segundos después, oigo la voz de Della Freud.

—¿André?

—Señora, he recibido una nueva partida de «Torbellino 3». Pensé que tal vez le interesaría algún frasco...

—Sí, en efecto. Envíemelo a casa, André.

—Bien, señora Froud.

Della ha picado. Cuando dejo el teléfono, voy a un armario en el que guardaba algunos disfraces. Elijo un bigotito negro, fino. También un frasco de maquillaje, para dar algo de color oscuro a mi cara. Por fortuna, tengo el pelo negro. Usaré brillantina.

Pero lo haré después de haber hablado con Walters. Es hora de ir a *Black House* y salgo a la calle.

Randy *el Cojo*, me mira sorprendido.

—Busco a Lemmy —digo.

—Reservado número dos —indica el dueño del local.

Walters está detrás de una mesa.

—*Pig* se ha escondido. Tiene miedo —me informa.

—¿De qué?

—Ah, eso ya es demasiado. Sin embargo, puedo darle su dirección.

—Adelante, Lemmy.

—Maroowa Road, ochocientos seis. Y eso le costará veinte «pavos».

Saco los billetes y se los doy.

—Lemmy, ¿por qué me ayudas? —pregunto.

Walters hizo una mueca.

—Odio a Shoulton. ¿Qué habría pasado de haberme encontrado con el exsargento McBaith lleno de agujeros? Me habría metido en un buen lío, ¿no? Tuve que hacerlo a la fuerza, comprenda, pero no me gustó. No se trataba de espiar a algún fulano, sino de comprometerme en un asesinato.

—Comprendo. ¿Algo más, Lemmy?

—Eso es todo.

Me levanto y salgo a la barra. Randy me mira inquisitivo.

—Cerveza —pido.

—Sí, señor.

Llena una jarra. Después de tomar un trago, pregunto:

—Randy, ¿qué sabes de la muerte de Bess Trall?

—*Manos de Acero* —contesta el tipo sin vacilar.

—¿Seguro?

—No pudo ser otro. Su especialidad es estrangular a la gente o romper pescuezos, brazos, piernas... Búsquelo y sabrá quién le ordenó liquidar a Bess. No le dirá los motivos, no tiene por qué saberlo. Ni se preocupó tampoco; se lo ordenaron, le pagaron y es suficiente para él.

—Entiendo. Gracias, Randy.

—Bess era una buena amiga, sargento.

Walters sale del reservado y se dirige hacia la puerta de la calle. Abre, da dos pasos y, en el mismo instante desde un automóvil, estacionado a corta distancia, alguien le mete doce balas en el pecho, en tres segundos. Como en los viejos tiempos de Chicago.

La gente chilla, mientras el coche arranca a toda velocidad. Corro hacia Walters. Ya no se puede hacer nada por él. Está más muerto que mi abuela.

Sombríamente, me pongo en pie. Otra cuenta que saldar..., ¿con quién?, me pregunto, repentinamente desalentado.

Ahora visto un impecable traje oscuro, con corbata gris perla, una flor blanca en el ojal, y llevo el bigotito, además de tener la cara ligeramente atezada. Cuando la doncella sale a recibirme en la lujosa mansión de los Froud, uso una voz un tanto atiplada:

—Soy André, de la Perfumería Versalles. Traigo un encargo para la señora.

—Oh, muy bien, tenga la bondad de aguardar.

La doncella se marcha y vuelve a poco.

—Sígame, se lo ruego.

Me deja en la puerta de un saloncito íntimo, Della Froud está sentada ante un gran espejo, vestida con una bata abundante en encajes, abierta por delante, de modo que puedo verle el ombligo. Ella no parece dar importancia a su atavío.

—Hola, André.

—Hola, Della Froud.

Ella está retocándose las cejas y suspende la operación en el acto.

—Se parece bastante a André, pero no es él. ¿Quién es usted,

amigo?

—Larry McBaith.

—¡Larry! —Della se vuelve en el acto, con los ojos echando chispas—. Pero ¿qué demonios...?

Dejo el frasco de perfume sobre el tocador.

—El día en que murió Benny Poulsen, alguien me atacó por detrás dejándome sin sentido. Olía a «Torbellino 3» —digo, impasible.

Ahora Della está muy pálida.

—No tengo nada que ver con ese asunto —contesta.

—Della, tu conducta como esposa deja mucho que desear en cuanto a fidelidad. ¿Quién te forzó a matar a Benny?

—¡Yo no lo maté! —grita, convulsa.

La bata está completamente abierta y no lleva nada más debajo. Se da cuenta de que miro y la cierra de un manotazo.

—No sé nada —insiste—. Sal de aquí o llamaré a tus colegas.

—Excolegas —rectifico—. Bien, te has puesto nerviosa, estás muy pálida, has gritado... Y he sido policía, recuérdalo.

Doy media vuelta y me encamino hacia la puerta.

—Ah, el perfume es un obsequio —añado, burlón.

Della agarra el frasco y me lo tira con todas sus fuerzas. Se rompe contra la puerta. La habitación va a oler a «Torbellino 3» durante un montón de días.

—Antes de convertirte en la señora Froud, tuviste un pasado muy borrascoso —añado—. ¿Quién te hace chantaje?

Los ojos de la mujer son dos brasas.

—Vete, Larry —dice.

—Lo siento por ti —me despido.

Cuando salgo de la casa, respiro a pleno pulmón. «Torbellino 3», en pequeñas dosis, es muy agradable. Cuando se trata de un frasco entero, resulta nauseabundo.

Vuelvo a mi apartamento y recobro mi aspecto habitual. ¿Quién hace chantaje a Della Froud?

¿Es suficiente la presión para obligarla a intervenir en un asesinato?

El número 806 de Maroowa Road está en las afueras. Es una casa con jardín, de aspecto más bien ruinoso. La puerta y las ventanas aparecen cerradas. Da la sensación de estar deshabitada.

Sin embargo, me acerco a la puerta y llamo.

Alguien atisba desde el otro lado. Luego, la puerta se abre una rendija.

—Vaya por la parte de atrás —dice *Pig*, rápido.

Obedezco. *Pig* me aguarda en la puerta posterior.

—Estoy muerto de miedo —dice—. Quieren matarme.

—Sabes algo muy comprometedor.

—Sí. La casa es mía, pero no encuentro comprador y no me quedan más que unos pocos dólares. Con mil tendría más que suficientes para largarme de esta maldita ciudad y no volver en los días de mi vida.

Miro a *Pig*. Parece sincero. Su rostro porcino está inundado de sudor. ¿Por qué me mintió Jessica Bartlett?

—Mick, lo siento, pero en estos momentos yo no dispongo de mil dólares —declaro.

—Entonces, yo también lo lamento. He oído, la radio. A Lemmy le han metido una ráfaga en el cuerpo. No quiero que me pase lo mismo.

—Mick, vete inmediatamente de la ciudad. Tengo cincuenta dólares, más o menos. Llámame desde donde te establezcas y te enviaré el resto.

Pig mueve la cabeza.

—No. El dinero, ahora —insiste.

—Tendrás que aguardar a mañana. Los Bancos están cenados.

—Venga mañana.

—De todos modos, Mick, una advertencia: no te daré el dinero, si la información no vale la pena.

El hocico porcino del sujeto parece sonreír.

—Sé quién se cargó a Benny Poulsen —asegura—. ¿Le parece buena información?

—¿Con pruebas?

—Eso es cosa suya, sargento.

—Sí, tienes razón. Estaré aquí mañana a las diez en punto.

—De acuerdo.

Hemos hablado en la cocina, cuyas ventanas, lo mismo que la puerta encristalada, están cubiertas por unas espesas cortinas. Yo me dirijo hacia la puerta, pero alguien la abre cuando ya tengo la mano en el picaporte.

Una mano asoma. Empuña una pistola con silenciador. Suenan dos chasquidos. Pillado por sorpresa, no puedo reaccionar a tiempo. Detrás de mí, *Pig* lanza un gruñido.

Alargo mi mano, agarro la muñeca del asesino y tiro con fuerza. El hombre irrumpe, trastabillando. Blasfema, dice cosas muy feas de mis antepasados. El arma se ha desprendido de sus dedos, pero saca una navaja automática con la izquierda. Entonces, le arreo una patada en la entrepierna y cae hacia atrás, aullando bestialmente.

Miro un instante hacía *Pig*. El sujeto yace en el suelo. Le falta la mitad del cráneo. Ya no me dirá nada.

Salto sobre el asesino, me pongo a horcajadas sobre él y aprieto su cuello con ambas manos.

—¿Quién? —grito—. ¡Contesta o te estrangulo aquí mismo!

Debo de tener una cara horrible, porque el asesino siente un pánico espantoso.

—Una llamada por teléfono... No sé más, lo juro.

Sí, estas cosas suelen hacerse de este modo, pienso. Suelto un poco al tipo y levanta la cabeza. Es justo lo que yo esperaba. Disparo mi puño con todas mis fuerzas y lo dejo sin sentido.

La policía lo encontrará junto a su víctima.

CAPÍTULO VI

A Medora le gusta la falda muy corta y a mí me encanta. Tiene unas piernas maravillosas. El escote también tiene sus atractivos.

—¿Sorprendido? —me pregunta, cuando se ha sentado frente a mí, en el

Dood's

—Pasmado —confieso—. ¿Qué haces allí?

—Trabajo. Tengo que ganarme la vida.

—¿Trabajas o espías?

—De todo un poco —dice, maliciosa.

El camarero trae dos martinis. Ella prueba el suyo.

—Delicioso —califica—. Ada usa «Torbellino 3» —añade.

—Lo sé.

—Ayer estuvo hablando con la señora Froud. Le reclamaba el pago de una minuta. La señora Froud dijo que le enviaría el dinero tan rápidamente como pudiera.

—¿Tiene apuros económicos?

—Supongo —contesta Medora.

—¿Cuál es el importe de la minuta?

—Cinco mil.

Silbo levemente.

—Caros servicios, los de la agencia Mallonby —comento.

—Es muy eficiente —dice ella.

—¿Cuánto tiempo llevas en la agencia?

—Tres meses.

—Dijiste que eras recién llegada...

—Nunca dije la fecha de mi llegada a la ciudad, Larry.

Hago un gesto con la cabeza.

—Es cierto —admito—. ¿Quién te colocó en la agencia?

Medora sonríe maliciosamente.

—Secreto profesional —contesta.

—Muy bien, no insistiré —digo—. ¿Qué más?

—Ada suele salir a veces con Shad Shoulton.

—Eso ya lo sé yo. Los he visto juntos...

—Sospecho que Shoulton es el director de la agencia.

—Te envié a matarme —le recuerdo.

—Quisiera olvidarlo. Shoulton me lavó el cerebro, Larry.

—Está bien. De todos modos, no te creo capaz de apretar el gatillo, salvo en caso muy extremo. Pero si no cumpliste la orden de Shoulton, este puede matarte cualquier día.

—Me llamó por teléfono y dijo que comprendía mi actitud y que me olvidase del incidente. No lo entiendo, Larry.

—Hay tantas cosas que no entendemos... Por supuesto, el tal Shoulton es más retorcido que un sacacorchos y tiene el alma de un cocodrilo hambriento. Pero hay alguien más por encima de él.

—¿Quién? ¿Lo conoces?

—Eso es lo que quisiera. Medora, ¿dónde aprendiste a ser funámbula?

Ella se echa a reír, porque recuerda la fuga de mi casa.

—Hubo un tiempo en que me gustaba el alpinismo —contesta.

—A mí me daría vértigo subir a la cima de una montaña —aseguro.

—Es cuestión de acostumbrarse. Larry, por ahora es todo lo que puedo decirte.

—Gracias, preciosa. ¿Otro martini?

—No. Serías capaz de abusar de mí, aprovechándote de mi pobre cerebro, envuelto en los vapores alcohólicos...

—¡Pero si estamos en un sitio lleno de gente!

—Dirías que tu apartamento es un desierto y yo accedería a ir.

—Medora se pone en pie—. Me gustas, pero no hasta ciertos extremos.

—Te gusto, ¿eh? ¿A pesar de haber «apiolado» a Benny?

—Tú no lo mataste.

Medora se marcha. Contemplo una espalda perfecta. Las piernas... ¡qué par de monumentos!

Abono la nota y salgo del

Dood's

. El coche me lleva de nuevo a casa de tía Annie.

Tía Annie concluye su *Polonesa* y hace girar el taburete. Viste un traje largo, de raso amarillo, y lleva un collar de perlas de cuatro vueltas, con el que juguetea mientras me mira especulativamente.

—No has conseguido gran cosa, sobrino —me reprocha.

—Hago lo que puedo, tía —me disculpo—. He pasado más de un susto y, en un día, he presenciado dos asesinatos.

—Tienen miedo, Larry.

—Sí. Los periódicos dicen que esto es un campo de batalla. ¿Sabes?, todo ha sido desencadenado por mi salida de la cárcel.

—Es cierto. Mientras estabas allí, se sentían seguros. Benny había muerto y su asesino había sido condenado a una severa pena. Pero ninguno de ellos conocía los antecedentes de Annie Van Brudenlock y su antiguo romance con el actual gobernador.

—Un romance, ¿eh?

Tía Annie sonríe, maliciosa.

—Un día te contaré —responde, evasiva—. Larry, quiero que mañana visites a una persona.

—Dime el nombre.

—Jim Hammer. Prospect Park, doscientos uno. Te dará un sobre para mí.

—¿Nada más?

—Eso es todo. No corre prisa que me lo traigas. Puedo esperar perfectamente hasta la hora de la cena.

—Está bien. ¿Algo más?

Tía Annie se da unos golpecitos en la boca con la mano.

—Me estoy cayendo de sueño —dice.

Le ofrezco mi brazo Cuando llegamos al piso superior, se vuelve y me mira.

—Larry, tengo ganas de que te cases y tengas al menos un niño. Soy soltera, pero quiero sentirme abuela. ¿Lo entiendes?

—Sí, tía —contesto sonriendo—. Pero ¿dónde está «ella»?

—¡Hombre! ¿Acaso quieres que te la busque? Buenas noches, sobrino.

—Buenas noches, tía Annie.

Jim Hammer es un sujeto grueso, sanguíneo, con bigotes... de granadero. El sobre que me entrega parece contener fotografías.

—¿Algo más? —pregunto.

—Eso es todo, señor McBaith.

Sospecho que es un agente privado. Las fotografías pueden resultar interesantes... ¿para quién?

Salgo de casa de Hammer. Un tipo delgado, canijo, de cara chupada, se me acerca.

—Sargento, mire hacia aquel coche —indica, a la vez que pone la mano en el sobre.

Hago lo que me dicen. Una pistola, bien oculta bajo un diario, me apunta desde cuatro o cinco metros de distancia.

Aflojo los dedos. El sobre cambia de manos.

—Muchas gracias, sargento —se despide el canijo.

Imagino que tía Annie se pondrá furiosa cuando se entere de lo sucedido. Pero también supongo que prefiere un sobrino vivo.

El coche se aleja con su presa. Yo, bastante defraudado, me dirijo a mi apartamento. Tal vez tenga allí una llamada aguardándome.

Cuando llego, lo primero que veo, sobre una mesa, es un sobre idéntico al que me ha entregado Hammer.

Parpadeo, atónito. Pero, de pronto, comprendo la verdad y me echo a reír.

Ha sido un buen truco. El canijo se llevará un chasco cuando abra el sobre. Bueno, él o el que le envió a quitármelo.

Antes de que pueda poner en marcha el registrador automático de llamadas, suena el teléfono. Levanto el auricular.

—¿Larry?

—Sí —contesto.

—Ha encontrado el sobre, supongo.

—Usted es Hammer —adivino.

El hombre se echa a reír.

—Me vigilaban —contesta—. Claro está que la vigilancia cesaba a altas horas de la madrugada.

—Comprendo. ¿Qué contiene el sobre?

—Si se refiere al que tiene ahora delante, no estoy autorizado a decírselo. En cuanto al que se han llevado, contiene unas postales preciosas.

—Eróticas...

—No, vistas panorámicas. Niágara, Yosemite, Yellowstone... Postales para turistas.

—Ya. Hammer, eso puede costarle caro.

—Le hablo desde una cabina. Salgo para el aeropuerto. Me voy de vacaciones.

—Disfrútelas.

—Gracias. Adiós.

Escondo el sobre, no sea que alguien venga a registrar la casa en mi ausencia. De pronto, recuerdo que no he consultado el contestador automático.

Al ponerlo en marcha, oigo una voz de tonos muy agradables:

—Señor McBaith, tengo valiosos informes para usted. ¿Puede venir a mi casa a las cuatro de la tarde? South Valley, quinientos treinta y uno. Ah, perdone, soy Ada Mallonby.

No hay más llamadas registradas. ¿Por qué quiere Ada que vaya a su casa a una hora en la que se supone debe estar en la oficina?

Decido no ir. Así la tendré en tensión. Además, antes tengo que ver a dos personas.

La primera es Randy *el Cojo*. Apenas me ve entrar, pone un vaso sobre el mostrador.

—Las cosas se complican, sargento —dice.

—Alguien tiene un miedo espantoso, Randy.

—Sí.

—Randy, ¿qué puedes decirme?

—Nada.

—Ayer liquidaron a Lemmy en la puerta de tu casa. ¿Quién les dijo que estaba aquí?

—Tienen ojos y oídos en todas partes. Sargento, ¿puede hacerme un favor?

—Claro, Randy. Pero no me llames más de ese modo...

—Bueno, como quiera. Mire, la copa es gratis, pero no vuelva más por casa.

Le miró fijamente.

—¿Miedo?

—Horrible —confiesa.

—Comprendo. Gracias por el trago.

—Lo siento de veras, Larry. Me gustaría ayudarle, pero pienso en mi pellejo.

—Si te gustaría ayudarme, ¿por qué no lo haces? Suponiendo que alguien me haya visto entrar aquí, en este momento, seguro, no nos ha oído. Tú no me has dicho nada, pero el espía puede suponer

lo contrario. Y va, perdido, habla y un día recibirás la recompensa.

El Cojo vacila. Es un hombre astuto, evidentemente, pero también conservador. Se comprende que piense en su pellejo.

—Bien, si alguien puede darle informes, es Judd O'Malley.

Tiene una tienda de compraventa en la calle Cuarta. En realidad, es un centro de información. Páguele bien y hablará, es todo lo que puedo decirle.

Randy ha soltado la anterior parrafada no sin esfuerzo. Agradezco el gesto con un billete de diez «pavos».

De pronto, Randy lanza un gruñido y se tira debajo del mostrador. Yo me vuelvo.

Delante de mí hay un tipo que tiene una pistola con silenciador. Salto a un lado. El arma chasquea dos veces. Luego, el pistolero da media vuelta y escapa.

Un coche se aleja rápidamente. Randy y yo estábamos solos. Nadie ha visto nada. Miro los impactos de las balas en la madera del mostrador. Randy asoma la cabeza por la otra esquina.

—Lárguese —gruñe.

—Avise a la policía...

—No quiero nada con la «bofia». ¡Fuera!

Randy está furioso y se comprende. Antes de salir, sin embargo, miro a derecha e izquierda.

Todo está en orden. El pistolero disparó desde el interior. Nadie le vio. Algunos, todo lo más, vieron a un hombre que saltaba al coche. Pero eso, en este barrio, no es para alarmar a nadie.

Bien, ahora ha llegado el momento de saber por qué Jessica quiso engañarme con respecto a *Pig Mick*.

He ido a su casa. Es todavía temprano para que ella vaya a su negocio.

Jessica me mira a través de la rendija de la puerta, todavía con la cadena de seguridad puesta. Sin duda, la he pillado durmiendo.

—Te corre mucha prisa verme, ¿eh? —dice, sin decidirse a abrir.

—Jessica, si tienes compañía, aguardaré en la calle.

—No, estoy sola. ¿Por quién me has tomado?

—Disculpa, nena, no quise ofenderte.

Abre al fin. Viste solo el camisón y está descalza. Bosteza, se rasca un costado, mete cuatro dedos en el pelo revuelto...

—Pon la cafetera al fuego. Voy al baño —dice, con otro bostezo.

—Está bien. Jessica, ¿tenía *Pig* un hermano gemelo?

Ella se vuelve. Un tirante del camisón cae y el seno izquierdo queda al descubierto. Se sube el tirante y alza los hombros.

—El tipo que me enseñaron en la Morgue era *Pig* —insiste.

—Tenía una cara muy difícil. Si no existía un hermano gemelo, imitar esa cara debió de costar mucho.

—Bueno... la verdad es que el tipo tenía la cara destrozada a golpes. Pero en la mano izquierda llevaba una sortija...

—Y era de Mick.

—Sí.

—Pero Mick murió ayer.

—He leído los periódicos. Sé tanto como tú.

—No. Sabes más, mucho más. Jessica, hablando claro, tú querías evitar mi entrevista con *Pig*.

—¡Tonterías! Yo creía...

—*Pig* conocía al asesino de Benny Poulsen. ¿Lo conocías tú también?

—¡Por todos los diablos, Larry! Déjame en paz, ¿quieres?

—Jessica, tienes miedo. Un miedo espantoso. ¿En qué lío te has metido?

—Deja que me bañe primero. Estoy, nerviosa...

—Bien, anda, cuando salgas, tendrás listo el café. ¿Tostadas?

—Jugo de naranja, no quiero más.

—Hay que conservar la línea, ¿eh?

Jessica emite un bufido. Luego se encamina al cuarto de baño y cierra de un portazo.

Entro en la cocina. Veo un aparato de radio y lo enciendo, con la esperanza de captar algún boletín de noticias. Luego pongo el agua al fuego.

La radio solo emite música y anuncios. Pasa un cuarto de hora, media hora. Empiezo a impacientarme.

Jessica debe de estar arreglándose un poco. La verdad es que ya es un poco madurita y, aunque todavía atractiva, recién levantada, despeinada y sin maquillaje, pierde mucho.

Tres cuartos de hora. Esto ya es demasiado, pienso. Al menos, ha tenido que salir de la bañera.

Pues no, no ha salido de la bañera. Está dentro, con diez

centímetros de agua sobre la cara.

Completamente muerta, ahogada en el baño. Los ojos, que me miran a través de la delgada capa de líquido, todavía sin espuma de baño, dan miedo.

Siento un escalofrío.

De pronto, oigo un ruidito. Me revuelvo velozmente.

El ruido procede de la puerta. El asesino acaba de escapar.

CAPÍTULO VII

He tomado un doble de *whisky* en el primer bar que me ha salido al paso. El baño de Jessica tiene dos puertas: una de ellas da a la sala y la otra al dormitorio. El asesino se escondió en este y aguardó a que yo entrase en el baño.

Matar a Jessica fue cosa fácil: un buen puñetazo en la nuca y luego a la bañera. Ella no había abierto siquiera los grifos. Por eso no había espuma de baño en el agua.

Trato de reflexionar. Es inútil. Demasiadas ideas. Pienso que debo llevar el sobre a casa de tía Annie. Veré a O'Malley

en otro momento. Casi empiezo a sentirme descorazonado.

Cuando llego a mi apartamento, veo a Medora ante la puerta.

—Ya iba a marcharme —dice la chica.

Abro la puerta y entramos.

—¿Quiere algo de mí? —pregunto.

—Le traigo noticias, Larry.

—Malas, supongo.

—Hombre, según se mire... Si yo fuese un hombre, como tú, diría que son buenas noticias.

—Bien, ¿por qué no lo sueltas ya?

—Ada te ha llamado varias veces durante el día. La tienes chiflada, vaya.

—No digas tonterías. Le encomendé una investigación, eso es todo.

Medora suelta una risita.

—Quizá por eso te ha invitado a visitarla en su residencia privada —dice.

—Has escuchado su teléfono, ¿eh?

—Larry, solo le faltó asomarse a la ventana y gritarlo a los cuatro vientos. ¿Qué les das a las mujeres?

Me vuelvo hacia ella.

—Medora, he estado preso año y medio. ¿Sabes qué es lo primero que hace un expresidiario, soltero, cuando sale a la calle?

Ella se pone colorada.

—No me lo digas, erótico sujeto —exclama.

—Bien, pues yo no he hecho nada de lo que te imaginas. Así que no digas otra vez nada referente a las mujeres.

—Lo siento, no quise ofenderte.

—No me has ofendido.

Dejo sola a la chica. Al cabo de unos momentos, salgo con el sobre en las manos.

—Si te gusta el apartamento, puedes quedarte —digo.

—Oh, no, me iré contigo. ¿Adónde vas?

—A la casa donde iban a darte un empleo que no quisiste aceptar. ¿Lo recuerdas?

—Oh, sí, vestido negro, cofia, delantal, cuello, puños blancos... Mi actual empleo me sigue gustando más.

—Eres la mayor mentirosa del mundo. Primero dijiste que no tenías trabajo. Luego me hiciste creer que acababas de llegar, cuando ya hacía tres meses que vivías en la ciudad.

—Eso no lo dije nunca —protesta Medora.

—Bueno, lo diste a entender. Pero si ya estabas aquí, ¿cómo pudo saber Shoulton que iba a salir, tres meses antes de que sucediera?

Medora se encoge de hombros.

—Deberías recordar que las gestiones para tu libertad empezaron mucho antes. Y Shoulton es un tipo que está enterado de todo —responde.

—Eso sí es cierto —admito—. Bueno, ¿vienes? Luego te traeré de vuelta...

—Está bien. Tengo ganas de conocer a tía Annie. Debe de ser una vieja gruñona, asmática, apoyada en un bastón y con la mano libre en el costado, quejándose de todo y por todo a cualquier instante... Sus criados, supongo, estarán de ella hasta más arriba de la nariz, ¿no?

Disimulo una sonrisa.

—Acabas de describirla exactamente —digo—. Pero ¿qué quieres? Tiene «pasta» en abundancia y uno se resigna a aguantar

todas sus impertinencias. Tú también lo harías en mi caso.

—No. Soy un poco más independiente y, sobre todo, tengo más dignidad, señor McBaith —contesta Medora orgullosamente.

Tía Annie nos ha dado un pequeño concierto, rematado con una interpretación magistral del *Bolero*, de Ravel. Medora está todavía con la boca abierta.

Cuando cesa la música, aplaudimos. Tía Annie hace girar el taburete, se levanta y saluda como si estuviese en la sala de conciertos del Carnegie Hall. Luego se sienta y toma un periódico que ha tenido hasta entonces sobre la tapa del piano de cola, blanco y oro, y levanta los impertinentes, colgados de su cuello por una cadena de oro.

—Sobrino, observo que no has entrevistado todavía a Ryle Sweil, alias *Manos de Acero* —dice.

—No he tenido tiempo —me defiendo—. El día ha sido bastante agitado...

—Tienes que ir a verlo. Él es el asesino de Jessica Bartlett.

—¿Cómo lo sabes?

Tía Annie golpea el periódico con los impertinentes.

—Es la última edición del *Clarion*. Prácticamente, Jessica estaba muerta cuando el asesino abrió los grifos de la bañera. La atontó de un puñetazo en la nuca, pero el informe de la autopsia dice que tenía hundida la bóveda craneana. Posiblemente, habría vivido todavía algunas horas, aunque en estado de coma. La inmersión no hizo sino acelerar el proceso de su muerte.

—Una cabeza rota —se asombra Medora.

—Así es —confirma tía Annie—. Muchacha, la cabeza humana es más resistente de lo que la gente piensa. No es tan fácil romper los huesos del cráneo, al menos con las manos desnudas. Se necesita el golpe de un tipo muy fuerte y, además, experto.

—Ryle Sweil —digo yo.

—Exactamente. Y puesto que conoces su dirección, te aconsejo que vayas a verle a una hora relativamente temprana. Así le sorprenderás...

—Señorita, si ese hombre es tan fuerte como dice, su sobrino corre serios riesgos —dice Medora, aprensiva.

Tía Annie sonrío.

—Él sabe cómo desenvolverse en esas situaciones —contesta—.

Bien, ya me dirás lo que has averiguado en cuanto hayas visto a Sweil.

—De acuerdo, tía, pero todavía no sé qué contenía el sobre...

Ella hace un gesto con la mano.

—Cosas —responde, evasiva. Y se pone en pie, dando la velada por concluida—. Medora, eres muy guapa y me agradas mucho.

—Gracias, señorita —se sonroja la chica.

—Te acompañaré a tu dormitorio, tía —me ofrezco.

—No, acompaña a esa muchacha; es mucho más interesante.

Cuando mi tía se aleja, miro a Medora. Ella baja la cabeza, junta las manos y apoya en la alfombra la puntera del zapato derecho, a la vez que traza círculos con el tobillo.

—Conque vieja, cascarrabias, asmática...

—Por favor, Larry —exclama ella, muy sofocada.

—Está bien, vamos, te llevaré a tu casa.

Echamos a andar hacia la puerta. Medora se detiene ante un cuadro. Es tía Annie, cuarenta años antes.

—Fue toda una belleza —suspira.

Mira la firma y silba.

—Hace cuarenta años ya...

—Sí. —Agarro su brazo—. Los Van Brudenlock han tenido siempre muy buenas amistades, aparte de montañas de dinero.

—Desde luego, porque, hace cuarenta años, no todos podían permitirse el lujo de contratar a ese pintor. Y tú, un simple sargento de la policía...

—Algún día te contaré la historia, preciosa.

—Eso espero, Larry.

Dejo a la chica en la puerta de su casa. Antes de bajar del coche, ella me mira de un modo especial.

—Es curioso. No has intentado besarme —sonríe.

—La fiera está dormida. No la despiertes —respondo.

—*¡Augh!* —exclama. Y echa a correr. Levanto el pie del freno, piso el acelerador y sigo mi camino, mientras medito la estrategia conveniente para la entrevista con Ryle Sweil. De pronto, me acuerdo que aún no he ido a ver a

O'Malley,

tal como me lo había recomendado *el Cojo*. Pero ya es tarde. Hay tiempo para todo, me digo.

Poco más tarde, pongo en funcionamiento el contestador automático.

Hay una llamada. Es de Ada Mallonby.

—Señor McBaith, es usted un hombre muy descortés. Le propongo una nueva entrevista para mañana a las siete y media de la tarde, en mi casa. Telefonee a la oficina, con la aceptación o el rechazo. Buenas noches.

Me pellizco el labio. Ada insiste. Bien, será cosa de verla, sobre todo teniendo en cuenta el lugar donde se va a celebrar la entrevista.

Apenas he oído el mensaje, suena el teléfono. Levanto el auricular. Casi doy un salto cuando el que llama se identifica:

—Soy Davy. ¿Qué tal, sargento?

—Davy, no me digas que se ha producido el milagro de que te permitan hablar desde el penal, casi a media noche.

El Grajo suelta una carcajada que, efectivamente, parece el gran graznido del ave cuyo nombre lleva como apodo.

—Pero, hombre, te llamo desde la calle... Una cabina telefónica, claro. He salido, ¿sabes?

—Davy, tú habías cometido un delito federal, si mal no recuerdo.

—Y los federales me han liberado, a cambio de información. Pero como no te interesa, no te lo voy a decir. En cambio, te diré lo que sí te interesa verdaderamente. Han contratado un fusilero.

—¿Qué...?

—Sí, uno de esos tipos que emplean fusiles con mira telescópica y silenciador. Es todo lo que sé. Adiós.

El Grajo corta la comunicación inmediatamente. Devuelvo el teléfono a la horquilla. De pronto, me doy cuenta de que estoy en una habitación brillantemente iluminada. Salto a un lado. Me pongo a sudar. ¿Dónde está el tipo del fusil?

Es de lo más desagradable sentirse pieza de caza, sin tener la menor idea no ya de quién es el cazador, que eso importa poco, sino del lugar en que puede encontrarse.

Por si acaso, mantendré las cortinas corridas. Después..., ya veremos.

Antes de salir, por la mañana, exploro con unos prismáticos, muy disimuladamente, todo lo que hay en la calle, frente a mi casa.

Es una avenida amplia, tranquila, con jardines y césped ante la mayoría de los edificios. Al otro lado, un individuo, con un mono, parece muy entretenido en hurgar en el motor de una furgoneta.

Es un vehículo comercial, como tantos. Aparte de las ventanillas laterales, tiene dos en la caja, una a cada lado, con cristales de corredera. Estudio detenidamente el cristal que da a mi casa. Está descorrido cosa de cinco centímetros. Al otro lado hay una cortinilla.

Inspiro con fuerza. *El Grajo* ha sabido graznar bien. Me gustaría verle en este momento, para estrecharle la mano. Ahora, el problema estriba en salir de casa. Puedo hacerlo, ya que el vestíbulo tiene una puerta que da a la trasera, pero eso no es solución. El fusilero y su cómplice se irán y volverán otro rato. O me aguardarán en cualquier otra parte...

Lo mejor es liquidar este asunto cuanto antes. Durante unos minutos, me devano los sesos, tratando de hallar una solución. La calle tiene veintitantos metros de ancho y hay un espacio idéntico hasta la puerta de mi casa. El fusil con mira telescópica y silenciador es lo indicado. En cuanto salga, un proyectil calibre 30-30

me atravesará el corazón.

De pronto, chasqueo los dedos. Sí, saldré por la puerta posterior y daré un gran rodeo para llegar a la furgoneta sospechosa. Antes de marcharme, sin embargo, vuelvo a mirar con los prismáticos.

El chófer está en su puesto. Tiene un termo en la mano. Deben de aguardar hace rato. Quizá me equivoque..., ¡pero no! ¿Por qué pasar un vaso con café a un compañero que aguarda en el interior de la caja? Si se tratase de un trabajo honrado, tomarían el café juntos, en la cabina.

Bien, ahora van a saber lo que es bueno.

Salgo de casa sin que me vean. A trescientos metros hay una agencia de autos de alquiler sin chófer. Contrato uno, firmo los documentos y me entregan las llaves. Momentos después, estoy en la calzada.

Me acerco a unos cien metros. Sí, la furgoneta sigue en el mismo sitio. Ahora solo falta esperar la ocasión propicia, con el motor en marcha, claro.

Diez minutos más tarde, veo por el espejo retrovisor que se

acerca un enorme camión. Arranco suavemente y me sitúo en el centro. El camión viene rápido, bastante más que yo. Me alcanza. Entonces, acelero bruscamente y golpeo el volante hacia la derecha, situándome justo delante del enorme morro del mastodonte de cuarenta toneladas. El chófer me ve, debe de jurar como un condenado, a la vez que pisa el freno y vira hacia su derecha.

Pero ya está encima de la furgoneta. Cuarenta mil kilos de peso se abaten sobre un frágil cacharro que pasará poco de la tonelada. Se produce un estrépito impresionante. La furgoneta es proyectada primero a un costado y luego vuelca con un horrisono fragor de vidrios rotos y metales abollados. El camión, con todas sus ruedas inmovilizadas, quema el asfalto, con chillidos inaguantables.

Un hombre sale de la furgoneta volcada y echa a correr. Paro el coche. Me acerco al conductor del camión.

—Lo siento, lo siento... Acabo de alquilar el automóvil... Debe de tener la dirección hecha polvo... Pero ahí adentro hay alguien, seguro...

La cólera no deja hablar al camionero, aunque peor habría sido si me hubiese dado a la fuga. Al mencionar que es un coche de alquiler, se amansa un poco.

Corremos hacia la furgoneta volcada. Abro la puerta de un tirón. En el suelo, quejándose sordamente, hay un hombre. Al lado tiene un fusil de caza, con mira telescópica y silenciador.

Aúlla una sirena. Se acerca el primer coche de patrulla. Debo prepararme para soportar el interrogatorio de los agentes. Esto, probablemente, retrasará la entrevista con Sweil, pero no tengo otro remedio que actuar como un honrado ciudadano.

Cuando los policías descubren el fusil de caza, se organiza un jaleo todavía mayor. El cazador ha sido cazado. Está hecho polvo, aunque la impresión es de que saldrá adelante.

Cuando pueda, iré a verle al hospital.

Al cabo de un rato, los policías me despiden, recomendándome vaya a jefatura para declarar. Así lo prometo. Vuelvo al coche y sigo mi camino.

—Gracias, Davy —digo, como si el «soplón» pudiera escucharme.

CAPÍTULO VIII

La puerta está cerrada, pero maniobro con cuidado y logro abrirla. Asomo la cabeza. Todo está en silencio.

De pronto, oigo un sonoro ronquido al fondo. Avanzo con cuidado. Entonces, alguien bosteza aparatosamente a dos pasos de distancia.

La mujer acaba de salir del baño. Tapo su boca antes de que chille y delate mi presencia en la casa. Sus ojos me miran aterrados.

—No quiero hacerte el menor daño —susurro a su oído—. Solo quiero hablar con Ryle.

Ella asiente.

—Escucha, te daré cincuenta «pavos», pero quiero que te vistas y te largues ahora mismo, sin hacer el menor ruido. Si alzas la voz, te llenaré el cuerpo de plomo —amenazo.

La furcia vuelve a asentir. Me arriesgo a dejarle la boca libre.

—Tengo la ropa en el dormitorio —dice, con un hilo de voz.

—Anda y tráela. Vístete aquí mismo, pero deprisita.

Saco los billetes. La vista de los papeles verdes acelera los movimientos de la muñeca. Cinco minutos más tarde, se ha largado.

Sweil y yo quedamos solos. *Manos de Acero* sigue roncando.

Me asomo al dormitorio. La cama es antigua, con barrotes a los pies. Retrocedo y corto los cordones de una cortina. Hago dos lazos. Uno de ellos pasa con infinita suavidad por el tobillo izquierdo del durmiente. Lo sujeto bien, con varias vueltas. Calculo que Sweil ha debido beber de lo lindo. La habitación apesta a perfume barato y alcohol.

Me acerco a la cabecera de la cama, con el lazo dispuesto. Con la mano izquierda, le toco el hombro. Abre los ojos, levanta un poco la cabeza... paso el lazo y salto hacia atrás, tirando con fuerza.

Sweil brama como un toro. Al intentar saltar hacía mí, queda retenido por el tobillo izquierdo. Vuelvo a tirar y aprieto. Los ojos

de *Manos de Acero* se congestionan.

—Ryle, ¿qué se siente cuando a uno le ponen una media de seda en torno al pescuezo? ¿Dijo algo Bess Trall? ¿O no le diste tiempo, como a Jessica Walters?

El gorila me mira agónicamente. Le he pillado desprevenido y está en mala posición para soltarse. Gorgotea y aflojo un poco el lazo.

—Cuidado, tiraré otra vez si intentas moverte —digo.

—Pero... ¿qué diablos...?

—Mataste a Bess Trall. Lo sé de buena tinta. ¿Quién te lo ordenó?

Sweil cierra la boca. Pego un terrible tirón a la cuerda. Patalea frenético. Su mano derecha golpea el suelo, ya que está con medio cuerpo fuera de la cama.

Aflojo otra vez.

—Habla, Ryle —le digo.

Sweil jadea. Sus manazas, como jamones, se abren y cierran convulsivamente. Me aterra la sola idea de que consiga echármelas al cuello.

—Shoulton —dice.

—¿Por qué?

—No me lo explicó.

—Ya. Shad dijo: «Mata», y tú como un mastín...

—Pero no hay pruebas.

—Las habrá.

Sweil intenta levantarse. Le arreo una patada en la sien. Pierde el sentido.

Entonces, lo ato como un salchichón. Shoulton y yo tendremos que enfrentarnos nuevamente.

Cuando termino, recuerdo una cosa. ¿No tenía Bess una agenda...?

Busco por todas partes. Al fin, la encuentro en un bote de harina, envuelta en una bolsita de plástico. La hojeo durante unos minutos. Muy interesante.

Vuelvo al dormitorio. Sweil ya se ha despertado.

Le enseño la agenda.

—Se lo diré a Shoulton —sonrío—. ¿Pensabas engañarle?

Sweil ruge, me insulta, blasfema. Yo emprendo la retirada. Me

vuelvo desde la puerta.

—Shoulton se enterará de que tengo la agenda. Imagínate lo que hará contigo —me despido.

Manos de Acero va a sudar un rato. Quizá consiga soltarse, pero va a pasar un rato infernal, pensando en que alguien puede venir a pegarle cuatro tiros. Está muy bien atado; pese a su fuerza descomunal, le llevará horas soltarse, si lo consigue.

Luego me acuerdo de que debo ver a

O'Malley.

Cuando llego con el coche, veo un auto de patrulla de la policía y una ambulancia.

Dos sanitarios sacan una camilla, con un cuerpo cubierto por una sábana blanca. Los curiosos hacen comentarios. Me apeo del coche y trato de escuchar.

—Pobre Judd... Era ya demasiado viejo y le ha fallado el corazón —dice uno.

¿Habrà muerto de un ataque cardíaco, realmente?

Poco importa ya.

O'Malley

no podrá darme ninguna información.

Cuando llego a casa, tengo una llamada grabada:

«Soy Medora. Te llamo desde una cafetería. Ada ha vuelto a llamar a la señora Froud. Por lo visto, no ha cobrado la factura. Eso es todo, por ahora».

Me pregunto qué clase de servicios habrá encargado Della Froud a la agencia Mallonby. Llamo a su casa. Una doncella me informa que la señora está fuera, invitada en casa de unos amigos. Volverá mañana, tal vez pasado...

Más tarde, voy a Jefatura. Allí digo que la excusa de la dirección deficiente del coche fue para evitar la cólera del camionero que, en realidad, había sufrido un momentáneo deslumbramiento, a causa del reflejo del sol en el parabrisas de un coche que venía en dirección contraria. Durante unos segundos, he quedado completamente ciego, etc., etc... Firmo y me marchó, no sin haberme enterado del nombre del pistolero herido y del lugar en que se halla internado.

A las siete de la tarde, voy al hospital. Momentos después, entro en el cuarto donde está Nigel Vaughland. El policía que lo custodia

ante la puerta es un viejo conocido y hace la vista gorda.

Vaughland tiene una pierna rota y el pecho aparatosamente vendado. Por lo demás, está plenamente consciente. Me ve y rechina los dientes.

—Hola —sonríe desde los pies de la cama.

—Lárguese —masculla.

—Nigel, seguro que has visto muchos telefilmes. A veces, hay un enfermo o un herido en un hospital, que sabe cosas muy desagradables para otros. A la media noche, un enfermero entra y le pone una inyección. El tipo, salvado del accidente o de la herida de bala, muere. ¿Te gustaría correr la misma suerte?

Vaughland tuerce la boca.

—¿Por qué dice eso? —pregunta.

Saco brillo a las uñas de la mano derecha en la solapa del traje.

—Oh, no es nada de particular; salvo recordarte que la realidad supera siempre a la ficción —contesto, displicente—. Te han encontrado herido, con un fusil de caza. El silenciador te acusa. Alguien sabe qué estás aquí. Tratará de evitar que lo comprometas. Yo podría evitar eso si colaborases conmigo.

—No diré nada...

—Bueno, tal vez luego el policía se vaya a tomar un café a la máquina de la esquina.

Vaughland suda.

—¿Me garantiza el cambio a un lugar secreto, donde nadie pueda atacarme? —pregunta.

—Sí, seguro.

—Se llama Della Froud.

Parpadeo, incrédulo. Della puede tener muchos defectos y más de un secreto por ocultar, pero ni en sueños me la imagino contratando pistoleros profesionales.

—¿Era voz de mujer?

—Sí. Además, la vi y hablé con ella.

Me quedo perplejo unos instantes. Han pasado ya varias horas desde el accidente. Además, Vaughland no presenta heridas en la cabeza. Habla con toda seguridad.

—Descríbela —indico.

—Alta, rubia... Los ojos no sé, era de noche. Pero el pelo sí, brillaba mucho... Oía muy bien, un perfume poco común...

—«Torbellino 3».

—¿Cómo?

—No, nada, sigue.

—Es todo lo que pude ver. Estábamos en la oscuridad. Ella me dio su nombre y dirección.

—¿Nada más?

—Bueno, el dinero... La mitad, claro. Cinco mil.

—De modo que iba a pagarte diez mil —exclamo, asombrado—. ¿Tanto valgo?

—Eso no me interesó entonces, compéndalo.

—Ya —digo, sarcástico—. Te interesaba cumplir el contrato... — De pronto me doy cuenta de que falta algo en esta declaración—. Nigel, ¿cómo entró la señora Froud en contacto contigo?

—Bueno, me llamó por teléfono y dijo que tenía un trabajo interesante para mí, que yo le había sido recomendado por un amigo común, que tenía unas referencias extraordinarias de mí... Entonces, concertamos la entrevista. Yo le había dicho ya el importe de mis honorarios. Comprenda, hablábamos por teléfono.

—Sí, es lógico. Bien, ahora dime la fecha, hora y lugar de la entrevista. Y quiero que me lo digas con absoluta exactitud, ¿estamos?

Vaughland medita un par de segundos. Luego contesta:

—Día siete, diez y media de la noche, minutos más o menos, al pie de un enorme cedro que hay en las inmediaciones de la esquina de Waggoner Road con Alameda. Hay otros árboles más y césped, pero no me fijé en otros detalles. La señora Froud indicó claramente el cedro.

—Está bien, Nigel; ahora mismo hablaré con el director para que te cambien de habitación en este mismo hospital. Es más, incluso harán la trampa de considerarte difunto.

Vaughland abre mucho los ojos, pero yo estoy ya en camino hacia la puerta.

Cuando abro, oigo una voz aflautada, que pregunta por la planta de enfermedades infecciosas. El guardia de la puerta dice que no lo sabe y que vaya a información. El sujeto da las gracias y sigue su camino.

Eso me da muy mala espina. El tipo de la voz de flauta es Ray Colino.

Hace algunos días, Colino, con Burt Williams, estaba en un coche al que se le pegó fuego. No cabe la menor duda; está en misión de espionaje. A decir verdad, no me importaría poco ni mucho que apiolasen a Vaughland; a fin de cuentas, es un sujeto que vive de la muerte..., pero le he dado mi palabra y no me gusta pasar por mentiroso.

Salgo de la habitación y echo a andar detrás de Colino. Dobla la esquina de un corredor. En este momento, no hay nadie más que él y yo. Con el rabillo del ojo veo un rótulo en una puerta a mi derecha. Salto hacia el hampón, rápido como el rayo, lo agarro por el cuello y tiro de él.

Entramos en el cuarto, destinado a ropas: uniformes, sábanas y demás. Colino se revuelve como el rabo de una lagartija. Forcejea, escupe maldiciones. Al fin, logro conectar un directo a su mandíbula. Cae como un muñeco de trapo.

Le registro. Lleva un revólver calibre 38, cañón corto, y una navaja de resorte. Podría llamar a la policía, pero prefiero otro método.

Colino queda en el fondo de un carrito destinado a la ropa sucia, cubierto de sábanas y uniformes, algunos de ellos manchados de sangre. Cuando salgo del cuarto, un empleado me dice cuatro cosas gordas. Me disculpo como puedo.

Luego veo que el carrito rueda por los pasillos en dirección a un ascensor. Segundos más tarde, su contenido es volcado en una furgoneta, con destino a alguna lavandería. La sorpresa de los empleados será mayúscula cuando vean al hampón.

Luego llamo a tía Annie. Si ella no lo consigue, no lo conseguirá nadie, pero sé que conoce mucho al director del hospital.

Cuando termino de hablar por teléfono, consulto el reloj. Son las cinco y media. Puedo aguardar todavía un rato.

Poco antes de las siete, sale una camilla del cuarto donde estaba Vaughland. Sobre la camilla, se ve un bulto cubierto con una sábana blanca. Alguien, a mi lado, pregunta:

—¿Ha muerto?

—Sí, señor —contesta uno de los sanitarios.

—Pobre hombre...

La camilla rueda hacia uno de los ascensores. Con el rabillo del ojo, miro al individuo. Tiene el brazo derecho en cabestrillo y su

mano aparece enyesada, excepto las yemas de los dedos. Me oculto detrás de un cigarrillo, la llama del encendedor y las dos manos. Supongo que Williams estará preguntándose dónde puede estar su inseparable Colino. El hampón da media vuelta y se marcha.

Espero unos segundos y busco la salida. Es imposible olvidar la cita con una hermosa mujer como Ada Mallonby.

La mano que me tiende Ada huele levemente a «Torbellino 3». Eso no quiere decir nada, pero...

Su pelo sigue siendo un casco de bronce, bajo el que se divisan unas bellas pupilas verdosas. El vestido parece de oro viejo y diríase compuesto solo por una falda larga y dos diminutos pedazos de tela en el pecho, sostenidos por unos hilos casi invisibles. Es realmente hermosa. Lo sabe y debe sentirse muy orgullosa de sus encantos.

—Al fin he podido echarle el lazo —sonríe.

—Siento no haber podido venir antes —me disculpo—. Aunque si hubiera sabido lo que me iba a encontrar, lo habría dejado todo.

—Muy galante —dice Ada—. ¿Un aperitivo, señor McBaith?

—Por supuesto.

La casa es grande, lujosa, pero decorada con innegable buen gusto. Ada viene con las copas en las manos.

—Debiéramos sentarnos —propone.

Hay un diván enorme, de colores pálidos, amplio, mullido. Ada cruza las piernas y me mira.

—No he conseguido gran cosa, señor McBaith —dice.

—Seremos pacientes —sonrío.

—Sí, en esta profesión hay que serlo. ¿Tanto interés tiene en su rehabilitación?

—Yo no maté a Benny Poulsen. Es cierto que ese hombre merecía morir, que nadie lamentó su muerte..., pero no me gusta que me consideren como un hombre que se toma la justicia por su mano.

—Sí, es lógico. Perdone, por favor, pero siento curiosidad por una cosa.

—¿De qué se trata, señorita Mallonby?

Ella sonrío hechiceramente.

—¿Por qué no me llama Ada, Larry? —indica. Y añade—: Mi curiosidad es hacia su futuro. ¿Qué piensa hacer cuando consiga demostrar su inocencia? ¿Volverá a la policía?

La miro fijamente.

—Yo siento mucha más curiosidad por un futuro inmediato... El futuro que hay dentro de cinco minutos, por ejemplo —respondo.

CAPÍTULO IX

Las finas cejas de Ada se arquean inquisitivamente.

—¿Qué va a pasar dentro de cinco minutos? —pregunta.

Me acerco a ella. Paso un brazo por su cintura y la atraigo hacia mí.

—¿Por qué no intentas adivinarlo?

Ella sonrío sibilinamente.

—Me da miedo —dice.

—¿Miedo? Soy un hombre, no una fiera.

—Si fueses una fiera, no tendría miedo en absoluto. Porque podría defenderme... y contigo me siento sin fuerzas...

Tiene los labios entreabiertos. Su hermoso pecho sube y baja con cierta rapidez. Busco su boca. Ella me besa ávidamente. Nos abrazamos estrechamente. A mí me parece que todo explota en un colosal fogonazo de luz silenciosa. Ada se convierte en un volcán y yo ardo como una cerilla.

Ha pasado un rato muy largo. Ahora yo estoy tendido en el diván, con la cabeza en su regazo. Ella me acaricia la mejilla.

—Larry, ¿qué ha pasado? —pregunta dulcemente.

—Algo tan viejo como el mundo, tan viejo como la pareja humana... ¿Lo lamentas?

—No. Pero he podido darme cuenta de una cosa.

—Dímelo, por favor.

—Si eres tan terrible en la venganza como en el amor, compadezco al asesino de Benny.

—Ada, creo que estás engañada conmigo.

—No comprendo, Larry.

—¿Piensas, acaso, que quiero encontrar al asesino de Benny para pegarle dos tiros? He estado año y medio en la cárcel y no tengo ganas de volver allí ni de visita. Lo único que quiero es demostrar su culpabilidad y que los jueces se las entiendan con él.

Porque, demostrando su culpabilidad, probaré mi inocencia.

—Pero, Larry, estás en la calle... Te indultaron. ¿Qué más puedes pedir?

—Me indultaron, pero no reconocieron mi inocencia. Mira, Ada, no sé si lo entenderás. Quizá es que yo, para algunas cosas, soy un poco anticuado, y tengo ciertas nociones del honor, sobre las que no admito tergiversaciones. Además, me tendieron una encerrona y quiero hacérselo pagar al tipo que lo organizó todo.

—Si se mira así, la razón está de tu parte —admite ella—. ¿Tienes alguna idea de quién pueda ser el tipo, Larry?

Reflexiono unos instantes. Al fin, me decido:

—Lo conoces, Ada. Se llama Shoulton. Hace algunas noches, estuviste con él en el *Sabrina*.

—Ah, sí. Es un cliente. A veces, debo salir con los clientes, Larry. Pero no suelo recibirlos en mi casa, como a ti.

—¿Tengo algo especial?

Ella ríe alegremente.

—Debieras saberlo —contesta. Se inclina sobre mí y me mordisquea los labios—. Larry... —suspira.

Me incorporo y la abrazo. Volvemos a besarnos. Ada es puro fuego. De pronto, con los ojos encendidos y la respiración jadeante, se pone en pie.

—Espera un momento —dice.

Con las dos manos, se sujeta los tirantes del vestido, mientras corre hacia una puerta situada al fondo. Yo enciendo un cigarrillo.

Pasan algunos minutos. De pronto, oigo su voz:

—¡Larry!

Aplasto el cigarrillo contra un cenicero y me pongo en pie. Pero en lugar de acudir al lugar de donde procede la llamada, me encamino hacia la puerta, pisando de puntillas.

Salgo sin hacer el menor ruido. Ada vive en una casa de estilo californiano, de una sola planta, con un jardín muy bien cuidado alrededor. En la parte trasera hay una piscina.

Sigo la pared del lado norte. Asomo la cabeza. Al pie de la ventana del dormitorio hay un tipo agazapado. Algo brilla en su mano derecha.

El sujeto permanece inmóvil. Si quisiera matar a Ada, estaría erguido.

La voz de Ada vuelve a sonar. Sale por la ventana:

—Vamos, Larry, no te hagas esperar...

Avanzo cautelosamente. Puedo darme cuenta de que en el dormitorio hay una luz muy tenue. Ahora, el tipo tiene los ojos a ras del antepecho de la ventana. Me imagino lo que está viendo. Una mujer como Ada, completamente desnuda, debe de ser un espectáculo fascinante.

Ni siquiera me ve. Cuando se da cuenta de que va a pasar algo, ya es tarde: el filo de mi mano ha caído sobre su cuello. Se inclina a un lado, sin sentido.

El arma va a parar a la piscina. Ada sigue llamándome. Miro un instante por la ventana. Sí, el espectáculo valía la pena.

De pronto, Ada se pone en pie, coge una bata y se la pone. Cuando sale, yo agarro al pistolero y lo arrojo al interior del dormitorio. Luego, escapo.

Ada sigue llamándome.

—No cabe la menor duda: Ada es culpable —dice tía Annie, mientras mordisquea una tostada, a la hora del desayuno.

—¿Crees que ella mató a Benny?

—Indudablemente. Recuerda el «Torbellino 3».

—Hay algo que contradice tu teoría —objeto.

—Dime, sobrino.

—La puerta de la casa de Benny apareció reventada, como si alguien la hubiese abierto de un puntapié. Y yo entré en ella usando la llave.

—¿Quieres decir que Ada no pudo romper la cerradura de una patada?

—Exactamente.

—Hay mujeres muy fuertes...

—Ada no lo es... Bueno, es normal. Incluso a mí me habría costado hacer saltar la cerradura. Lo hizo un hombre, tía.

—Entonces, un hombre que acababa de estar con ella.

—O con Della Froud.

—Della pagó cinco mil dólares por liquidarte. Y era solo el primer plazo. ¿No dices que le debe cinco mil a Ada?

—Sí, eso es.

—Bien, en tal caso, Ada le ha propuesto la cancelación de la deuda, mediante el contrato con Vaughland. ¿Qué te parece?

Tomo un par de sorbos de café.

—Pudiera ser —respondo.

Tía Annie se limpia los labios.

—Tienes la agenda de Bess Trall —me recuerda.

—Sí, tía.

—Dámela, ¿quieres?

La agenda cambia de manos. Tía Annie la deja a un lado, no obstante.

—Luego la estudiaré —dice—. ¿Cuál es tu plan esta mañana, Larry?

Vacilo un momento. Luego, de pronto, me acuerdo de Medora.

—Tengo ganas de corretear un poco por el campo —respondo.

Tía Annie me mira sorprendida.

—Larry, ya no eres un chiquillo —exclama.

—No hay edad fija para corretear por el campo —respondo desenvueltamente—. Lo único que se necesita es eso, el campo..., un prado con flores silvestres y una chica hermosa al lado.

—Medora Poulsen.

—Sí —llamo al mayordomo—. Frederick, el teléfono, por favor.

—Al momento, señor.

Medora está en la oficina.

—Su casa se quema, señorita Palmer —digo.

Ella lanza un chillido.

—Pero ¿qué ha pasado...?

—Nena, soy Larry. Di que tu casa se quema. A menos que encuentres otra excusa mejor para abandonar el trabajo. Hace un día magnífico y tengo ganas de corretear por el campo. No te rías, pon cara seria.

—Sí, sí..., señor... Ahora mismo iré... —Oigo su voz, dirigida a las otras chicas—. Me avisan los bomberos: mi casa está ardiendo.

Suenan algunos grititos. Medora es lista.

Frederick se lleva el teléfono. Yo me reclino en la silla y miro a mi tía.

—Ya —digo.

Tía Annie me guiña un ojo.

—¡Cómo os envidio! —suspira.

Trato de alcanzar a Medora, pero ella se escabulle de mis brazos. De pronto tropieza. O finge tropezar. Rueda por la hierba. Da un

par de vueltas sobre sí misma. El vestido es muy corto. Veo unos encajes preciosos, al final de un par de piernas de extraordinario atractivo.

Caigo a su lado, con la cara sobre la suya. Sus ojos me miran maliciosos, pero con un tanto de aprensión.

—Cuidado, Casanova —dice.

—No va a pasar nada, nena. Salvo que voy a besarte.

—Rápido y suave —accede.

Es un beso muy corto. Luego, ella me rechaza con las manos.

—Échate a mi lado, Larry.

Nuestras cabezas están apoyadas en la hierba, fresca y jugosa. Hay un olor agradable a hierba, flores silvestres, árboles y agua del arroyo cercano. Nuestras manos se han unido.

—Larry, quiero hacerte una pregunta —dice ella de pronto.

—Lo que quieras, preciosa.

—¿De veras era mi hermano tan malo como dicen?

—Lo siento infinito, pero la respuesta debe ser afirmativa.

—No acabo de entenderlo... Claro que tenía quince años más que yo... Es raro, pero suele pasar a veces. Una pareja se casa, tiene un hijo..., pasen quince años y, cuando menos lo esperan, les nace una niña.

—Y mientras tanto, el hijo se ha ido a vivir su vida.

—Sí. Yo tenía cinco años cuando Benny se marchó de casa. Apenas le recuerdo... Más tarde, sé que enviaba dinero a mamá, que ya se había quedado viuda. Un día, sin embargo, me la encontré llorando. Nunca quiso decirme los motivos de su llanto, aunque ahora me los imagino de sobra. Debió de enterarse del mal camino que había tomado Benny... Lo que sí sé es que, a partir de entonces, devolvió todos los envíos de dinero. Nunca me lo dijo, pero yo llegué a averiguarlo...

—Benny había subido muy alto en el hampa y no fue una ascensión fácil ni sin perjuicios para otros. Pero un día se dio cuenta de que solo tenía arena bajo los pies. Entonces fue cuando me llamó, en un desesperado intento de buscar un arreglo con la justicia.

—Larry, ¿acudiste a su llamada por propia iniciativa? Quiero decir, si no era una misión oficial.

Hago una mueca.

—Realmente, no era una misión oficial —contesto—. De haber tenido éxito, me habría apuntado un buen tanto. Pero como fracasé...

—Acabaste en la cárcel. ¿No te dijo Benny nada importante antes de ir a su casa?

—No. Solo dijo que lo que tenía que decirme no podía utilizar el teléfono. Ciertamente, él sabía que yo le seguía los pasos. Pero imagino, también, que debía de saber que había otros que estaban, digamos, disconformes con su actuación.

Medora se vuelve y queda apoyada sobre un codo. Así puede mirarme a la cara.

—Larry, concretamente, ¿qué hacía mi hermano? ¿Drogas?

—«Seguros» —contesto.

Ella entorna los ojos.

—Un comerciante tiene que pagarle una cantidad semanal, para que no le ocurra nada a su establecimiento, por ejemplo un incendio —dice.

—Sí, exactamente. Pero no había medio de probarlo. Tu hermano era muy listo.

—Hasta que salió alguien todavía más listo —suspira.

CAPÍTULO X

Hemos vuelto a casa de tía Annie. Cuando llegamos, Frederick me da un papel con un número.

—Han llamado. Dijo que era muy urgente, señor.

—Gracias, Frederick.

Marco el número indicado. La voz de *el Grajo* suena al instante:

—¿Larry?

—Sí.

—Acude inmediatamente a la calle Freedom, 211. Es muy urgente.

—¿Qué pasa, Davy?

—Eso es todo.

El «soplón» cuelga el teléfono. Oigo la voz de tía Annie:

—Ten cuidado, Larry.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Por qué?

—Puede tratarse de una encerrona.

—Tía, Davy es un buen amigo...

—Hasta los buenos amigos son capaces de traición, cuando tienen una pistola en los riñones.

Me sobresalto. Medora frunce el ceño.

—¿Cómo lo sabe, señorita Van Brudenlock? —pregunta.

—Ese hombre ha llamado ya media docena de veces. Yo tomé el teléfono en una ocasión. No es por nada, pero tengo un oído muy fino... Claro que, sin falsas modestias, soy buena pianista. He captado voces, gruñidos. Alguien parecía impacientarse. No estoy segura, pero me dio la sensación de que un hombre hablaba de apretar las clavijas...

—Tía, eres inapreciable —sonríó—. Dime una cosa.

—Sí, sobrino.

—¿Podré saber algún día qué clase de fotografías me entregó

Hammer?

Tía Annie me mira maliciosamente.

—Aún es pronto —responde evasiva—. Ah, y he estudiado la agenda de Bess Trall. No contiene gran cosa: solo fechas de citas con hombres, y el importe de los «servicios prestados». Una prostituta con alma de contable.

Medora se pone colorada.

—Tía —exclamo.

—Medora debe acostumbrarse a las cosas de la vida —responde tía Annie impasible—. Sin embargo, he visto en la agenda, que parece un pequeño libro mayor, valga la paradoja, unas anotaciones relativas a salidas de fondos.

—¿Cómo?

Tía Annie blande la agenda.

—Son anotaciones semanales —dice, a la vez que la abre—. Veamos este asiento: «25 dólares a R. T.». Bien, sobrino, tú averiguarás a quién corresponden las iniciales R. T. Y no lo olvides: cuidado con la calle Freedom, 211.

—Quédate tranquila, tía.

Medora adelanta un paso.

—Iré contigo —dice.

—¿Te has despedido ya de la agencia Mallonby?

—Creo que lo más conveniente será que no vaya más allí.

—Muy bien, no deja de ser una excelente idea. ¡Andando!

El número 211 de la calle Freedom es un gran almacén, con el rótulo de una compañía de transportes. Parada frente al portón, hay una furgoneta. Entonces, repentinamente, me acuerdo de la furgoneta en que se había apostado Vaughland. También pertenecía a la Compañía Thomas, que es el nombre de la empresa propietaria del edificio.

Thomas... Bess pagaba veinticinco dólares a un tipo llamado R. T. La

segunda inicial puede corresponder a Thomas. ¿Conozco a alguien apellidado así?

A la altura del primer piso, hay una serie de ventanas grandes, con los cristales polvorientos. Veo una escalera lateral, adosada al muro que forma calle transversal con otro edificio comercial. Al final de la escalera hay una puerta.

—Larry, no utilices la escalera —dice Medora, muy aprensiva.

—Nena, si no entro en ese caserón no sabré qué es lo que hay — contesto.

—Espera, se me ha ocurrido una idea. Sigue adelante y dobla en la próxima esquina. Luego procura situarte en la trasera del edificio.

Hago lo que ella me indica. El coche queda oculto por una pila de cajones que, sin duda, esperan ser cargados en algún camión. Medora salta al suelo, abre su bolso y saca la cuerda con el gancho.

Acto seguido, se calza unos guantes gruesos. Luego corre hacia el caserón. Mira hacia arriba. Lanza el gancho. Este agarra a la tercera intentona.

Medora trepa como una araña en su hilo, aunque lo que veo desde abajo es mucho más atractivo, ya que no lleva pantalones largos. Alcanza el nivel de una de las ventanas, mira un instante y, de repente, se deja resbalar precipitadamente. Cuando llega al suelo, tengo que sostenerla. Jadea, está mortalmente pálida.

—Ada... Está muerta... La han ahorcado.

Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Cuelga de una sogá. Es horrible, Larry —añade la chica.

—Será mejor que avisemos a la policía —propongo.

—Aguarda... Hay tres hombres. Uno de ellos está sentado. Otro le encañona... El tercero tiene un brazo en cabestrillo...

—El de la pistola, seguro, es pequeño y canijo.

—Sí —confirma Medora.

—Ya no cabe duda alguna. Colino y Williams. A este le machaqué los nudillos a taconazos.

—Oh, Dios mío..., nunca había visto una cosa tan espantosa...

—Davy debe de estar pasando un miedo horrible —calculo—. Sabe que, en cuanto aparezca yo, le volarán los sesos. Luego me pegarán un golpe y cargaré con las dos muertes.

—No puedes entrar ahí, Larry —suplica la muchacha.

Reflexiono unos momentos. Creo haber encontrado la solución. Se lo digo a Medora y ella asiente:

—Sí, es una buena idea.

Mientras Medora se aleja en mi coche, yo busco una cabina telefónica. Marco el número que dejaron en casa de tía Annie. Al cabo de medio minuto, oigo la voz de *el Grajo*:

—Davy, dispensa, pero he tenido un pequeño accidente —

miento—. Un tío con muchas prisas me ha abollado el coche. Ahora estoy con la patrulla. Creo que me despacharé pronto. Ten paciencia, te lo suplico.

—Está bien, Larry.

No he dicho nada más; estoy seguro de que Colino escucha a través de un supletorio. Cuelgo el teléfono y vuelvo a las cercanías del almacén.

Medora vuelve veinte minutos después.

—Estoy lista —asegura.

—Nena, si yo tuviera tu habilidad no te enviaría ahí arriba —le digo.

—No te preocupes, Larry.

Medora vuelve a trepar. Colgada del cuello, lleva una cámara fotográfica barata. Cuando llega a la altura de la ventana, apoya los pies en un saliente y se sujeta con la cuerda alrededor de la cintura. Toma varias instantáneas. Terminada su tarea, se deja caer de nuevo y me mira con ojos brillantes.

—Ya está —dice.

—Bien, el resto es cosa mía.

Medora agarra mi brazo.

—Larry, cuidado —suplica.

—Tranquila, nena.

Echo a andar hacia la parte delantera. Cuando llego al portón, toco con los nudillos.

—¡Adelante, Larry! —Suenan la voz de *el Grajo*.

Empujo levemente la puerta, lo justo para abrir una rendija de cinco centímetros.

—Ray, Burt, sé que estáis ahí —exclamo—. También sé que Ada Mallonby ha sido ahorcada y que Davy tiene una pistola en la nuca. Pero he tomado unas fotografías de la escena y ahora mismo se las llevan a la policía.

Alguien suelta una maldición. Medora, previamente instruida, hace arrancar el coche con un gran rugido. En realidad, se detendrá dos manzanas más adelante.

Williams y Colino, despavoridos, intentan la huida. Colino sale el primero. Alargo el pie. Cae. Williams tropieza con él y cae también. Su mano lisiada choca con el duro pavimento y grita. Le doy una patada en la mandíbula. Pierde el sentido.

Colino empieza a levantarse. Un seco rechazazo al mentón lo deja fuera de combate.

—Davy —llamo.

—Aquí, Larry...

Entro en el almacén, arrastrando a Williams. Davy está atado a una de las columnas sustentadoras del techo. Luego traigo a Colino. Suelto al «soplón».

—Has pasado un mal rato —digo.

—Imagínate —contesta.

Levanto la vista. Ada pende del techo. Tiene un rostro horrible. Sus manos caen laciamente a los costados. El pie derecho está descalzo.

—¿La viste morir? —pregunto.

—No. Ya estaba así cuando llegué. Ni siquiera sé quién lo hizo.

—Llegaste... ¿cómo, Davy?

—Ellos me trajeron —señala a los dos sujetos caídos en el suelo

—. Oye, Larry, ¿es cierto lo de las fotografías?

—Rigurosamente cierto —contesto.

—Pero no te veo ninguna cámara...

—Están ya camino del laboratorio. Bien, creo que lo mejor será que nos larguemos de aquí. Hay que avisar a la policía.

—Sí, Larry.

Colino y Williams continúan desvanecidos. Davy y yo caminamos juntos. Veo a lo lejos el coche, con Medora al volante. *El Grajo* se detiene de repente ante una cabina telefónica.

—Llamaré a la policía, Larry.

—Bien, espero...

—No es necesario; creo que no conviene que me vean con vosotros.

—Como quieras.

Me siento junto a Medora. Ella hace arrancar el automóvil.

—¿Y ahora?

—Tengo un amigo que se encargará de revelar las fotografías. Ya te indicaré la dirección. Sigue recto por el momento.

—Está bien. Larry, se me ha ocurrido algo...

—¿Sí, nena?

—La casa de Benny. ¿Sabías que era de su propiedad?

—Nunca me preocupé de ese asunto —declaro.

—Bien, yo sí, porque, legalmente, soy su heredera. He hecho averiguaciones por mi cuenta. Está registrada a nombre de Benjamín Anthony Palmer, que era su verdadero nombre. Ahora me pertenece. ¿Qué puedo hacer con la propiedad?

—¿Quieres un consejo, Medora?

—Sí, Larry.

—Véndela.

—La he visto. Es muy bonita...

—Medora, allí murió tu hermano. Y no vas a necesitar esa casa en lo sucesivo.

—Entonces, dime dónde voy a vivir.

—Conmigo —respondo firmemente.

—Larry, ya sé que estas cosas no se miran hoy mucho, pero vivir contigo, sin estar casados...

—Nos casaremos muy pronto y, además, nos daremos mucha prisa.

—¿Prisa? ¿En qué?

—En tener un hijo. Tía Annie tiene unas ganas locas de sentirse abuela.

Medora se pone colorada hasta las orejas. Luego, con una sonrisa inundada de felicidad, contesta:

—Larry, creo que tendremos que complacer a tía Annie. Pero solo cuando podamos sentirnos tranquilos.

—Eso sucederá muy pronto —afirmo rotundamente.

CAPÍTULO XI

Al fin he conseguido ser recibido por la señora Froud. Della me recibe en la sala de su casa, discretamente ataviada, muy hermosa, indudablemente, pero fría. Ya no es la mujer que, sin falsa presunción, iba detrás de mí como la tigresa detrás de un cervatillo para sus cachorros. Ni siquiera me ofrece de beber, aunque sí un cigarrillo.

—Quiero ayudarte —digo sin apenas preámbulos—. Además, deseo convencerte de que todo lo que hago, aunque resulte también en mi propio beneficio, será absolutamente confidencial. Nada de lo que me digas saldrá de mis labios, ni siquiera para repetirlo a un juez. ¿Está claro?

Ella mueve la cabeza.

—Sí —responde.

Aspiro un poco el aire.

—Te gusta el «Torbellino 3» —digo.

—Siempre lo he usado, Larry.

—Della, tú conoces mi historia. El día en que murió Benny Poulsen, alguien me atacó por detrás, para achacarme el crimen. Esa persona olía mucho a «Torbellino 3».

Los labios de la mujer tiemblan levemente.

—¿He de darte el nombre? —Consulta.

—Sí.

Della inspira fuertemente. Las rotundas curvas de sus senos se marcan claramente.

—Shoulton.

—Estuvo contigo aquella noche.

—Sí.

—Tal vez de aquel encuentro surgió después cierto chantaje.

—Sí.

—¿Fotografías?

—Sí.

—Te entregaron unas fotografías, pero no los negativos.

—Así fue.

—Y tu esposo no sabe nada.

—No, pero si esto se divulgase, sería su ruina política...

—Ellos lo saben. Della, descuida, recobraré los negativos.

¿Puedes decirme a qué hora se separó Shoulton de tu lado?

—Serían como las once de la noche, aproximadamente. Yo..., yo creía que era un hombre encantador, pero discreto. Había tomado una copa de más, lo admito. Le dije que no quería que hubiese otra mujer en su vida y le eché un chorro de perfume por la cabeza, cuando ya estaba a punto de marcharse.

—¿Se enfadó?

—Un poco, no demasiado. Dijo que así conservaría el olor a mí...

—Y, al cabo de cierto tiempo, recibiste unas fotografías.

Della se retuerce las manos.

—Oh, Larry, ya sé que... no he sido una esposa modelo, pero todo el mundo tiene derecho a cometer errores...

—Lo malo es que hay quienes sacan muchos beneficios de esos errores. Della, tú ya no podías pagar los cinco mil dólares que te exigía Ada Mallonby.

—Mi cuenta privada estaba exhausta. ¿Cómo pedirle dinero a mi esposo, sin explicarle la verdad?

—Un día u otro tendrás que contárselo. Si él te ama, sabrá disculparlo. Pero no puedes seguir así.

Della baja la cabeza.

—Temo a su reacción...

—Voy a decirte una cosa. Ahora estás que no vives ni comes ni duermes, pensando en el chantaje que te hacen. Tu esposo está muy ocupado, pero un día lo notará y será peor. Enfréntate con la verdad, verás como recobras la calma y la paz interiores.

—Resultará muy duro, Larry.

—Sí. Ahora dime una cosa: ¿dónde estabas el día 7, a las diez y media de la noche?

—Salimos a cenar, mi esposo y yo, con unos amigos. Luego fuimos a un club nocturno... Volvimos a las doce y media.

—Es una buena coartada —admito.

Me levanto y voy hacia una de las ventanas. Sí, allí está el cedro, bajo el cual una mujer se hizo pasar por Della Froud. Los cinco mil dólares que Ada había recibido fueron a las manos de Vaughland. Si este era atrapado, siempre quedaba Della para cargar con las culpas. Della y Ada, en la oscuridad, ambas altas, bien formadas y rubias... Vaughland no conocía a ninguna de las dos. Un plan maquiavélico, perfecto.

Me vuelvo hacia ella.

—Tendrás los negativos —aseguro.

Della se levanta. Hay lágrimas en sus ojos.

—Larry, ¿cómo puedo darte las gracias?

—Ya lo has hecho contestando a mis preguntas —me despido.

Salgo a la calle. Al pasar por un puesto de periódicos, los titulares del que está expuesto llaman mi atención.

Paro el coche. Compró un ejemplar del *Clarion*. Me quedo de piedra.

Ada Mallonby ha sido encontrada ahorcada. Dos conocidos hampones, Ray Colino y Burt Williams, han muerto a balazos, en un almacén de la calle Freedom.

Apenas si he captado las notas del *Nocturno* de Chopin. Mi tía, al terminar la interpretación, gira con el taburete.

—¿No te ha gustado, sobrino? Medora está aplaudiendo —dice.

—Perdóname... Estaba concentrado en mis pensamientos...

—Y desatendiendo a Medora. Con la pieza que he tocado, tu obligación era tenerla abrazada y besarla de cuando en cuando.

Medora se sofoca.

—¡Señorita Van Brudenlock!

Tía Annie guiña un ojo.

—Así lo hacíamos antes —dice—. Muchacha, hasta ahora no me he enterado de que la casa de Benny es tuya.

—Sí, pero pienso ponerla en venta —responde la aludida.

—La idea es buena, aunque no debes hacer nada sin registrarla a fondo.

Yo salto en el asiento.

—¿Qué quieres decir, tía?

—Exactamente lo que he dicho. Medora, ¿tienes las llaves?

—Sí, claro.

—Creo que deberíais ir sin más demora. A propósito, sobrino,

tengo que enseñarte algo.

Tía Annie se levanta y camina hacia una consola, de la que extrae un sobre que ya conozco.

—Son las fotografías —dice—. Mira esta, Larry. Puedes llevártela, si gustas; sé quién conserva los negativos.

La fotografía es grande, casi como un folio. Cuando la examino, me quedo sin aliento.

—Rayos...

Hay en primer plano dos rostros. Una pareja está a punto de besarse, pero han sido sorprendidos una fracción de segundo antes y ponen una cara rarísima. Sin embargo, no son los enamorados lo más interesante de la fotografía.

—Tía, esto es fantástico —dice—. ¿Cómo lo has logrado?

Ella se toca la frente con el dedo índice.

—Tengo buena memoria —responde—. Y da la casualidad de que aquella noche yo estaba en la casa, en cuyo jardín se celebraba una fiesta de cumpleaños. Los Hollybrook son buenos amigos e insistieron mucho para que asistiera a la fiesta. Estuvieron muchos de sus amigos, los hijos... Precisamente el que está retratado, junto a la chica, es el mayor. Bueno, ya se han casado, pero el padre es un poco bromista y los sorprendió en un momento interesante. Iba de un lado para otro, con su cámara y su *flash*... Yo también aparezco en algunas de las fotografías.

—Pero ¿por qué diablos tuvo que entregármelas Jim Hammer? —pregunto, desconcertado.

—Los Hollybrook ya no viven ahí. La casa se les quedó grande, cuando se casaron sus hijos. Además, él se ha retirado y ahora viven en el campo. Hammer tuvo que ir a buscar las fotografías, pero yo me imaginaba que te vigilarían y se lo advertí.

—Eres diabólica, tía.

—No —contesta ella, muy seria—. Solo quiero que el nombre de Van Brudenlock quede limpio de toda mancha —de pronto, se acerca a mí y me acaricia la cara con una mano—. Henry McBaith prefirió a mi hermana —añade melancólicamente—. Por eso te he considerado siempre como un hijo.

—Tía, vas a hacerme llorar...

Ella se separa bruscamente de mi lado.

—Te he dicho que debes ir a casa de Benny —rezonga—. Ah, y

otra cosa que puede resultarle interesante...

—Dime, tía.

—¿Se te ha ocurrido pensar cuál es el apellido de *el Grajo*?

Tía Annie se echa a reír al ver mi parpadeo de asombro.

—Pero... eso no puede ser... —digo, vacilante.

—Si lo crees así, quédate en casa.

—Oh, no, ahora mismo iremos a casa de Benny. ¿Medora?

—Sí, vamos.

Cuando salimos, Medora dice:

—Tienes una tía infernalmente astuta. Empiezo a pensar que ha estado llevándonos de un lado para otro, como si nos hubiese puesto anillas en las narices.

—Si, eso creo yo —digo, disgustadamente—. Pero ¿cómo diablos ha podido averiguar tantas cosas?

—Debieras haberte enterado un poco mejor de quién es Jim Hammer. Se trata de uno de los mejores detectives privados.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Olvidas que yo también he trabajado en una agencia de informes? Tu tía se enteró de los antecedentes familiares de Benny y se lo hizo saber discretamente a Shoulton. Por eso vine yo aquí y me coloqué en la agencia de Ada.

—Te lo ha dicho ella.

—Efectivamente. Ha obrado en todo momento con una astucia tremenda. Incluso me ha dicho el sitio donde puedo encontrar ciertos negativos.

—Pero Shoulton aquella noche...

—La noche en que murió Benny, los negativos ya estaban en su casa, porque procedían de entrevistas anteriores de Shoulton con Della Froud. Benny quería entregártelos, entre otras cosas, a fin de buscar un arreglo con el fiscal. Lo que sucede es que Ada se enteró, habló con Shoulton...

—Y este fue allí, sabiendo que yo estaba aguardando a tu hermano.

—Exactamente.

—¡Pero Della ha seguido pagando el chantaje, hasta agotar sus fondos particulares!

—Oh, es que ignoraba que ni Ada ni Shoulton tenían los negativos. Ellos la engañaban, ¿comprendes?

Sí, recordando el apellido de Davy *el Grajo* se comprenden muchas cosas. Y también es preciso tener en cuenta el apellido de Randy *el Cojo*.

Los dos son hermanos y se apellidan Thomas.

CAPÍTULO XII

Tía Annie tenía razón. Hemos encontrado los negativos en el lugar exacto que le ha indicado a Medora. Hay indicios de que Shoulton y sus compinches han estado buscándolos durante meses enteros, sin lograr dar con ellos. A ninguno se le ocurrió mirar en un viejo álbum de sellos, sin valor apenas, de principiante. Debajo de cada sello, había un negativo. Increíble.

Hay montones y montones de negativos, todos ellos de gente de importancia, sorprendidos en poco decorosas posturas, con bonitas muñecas, algunas tal vez contratadas, y otras ignorantes de que una cámara oculta las fotografiaba. Medora siente asco y vergüenza de que alguien de su familia haya sido capaz de hacer algo semejante.

De momento, no toco el álbum. Al menos, tengo que encontrar los negativos correspondientes a Della Froud, para devolvérselos personalmente. En cuanto a los demás, serán destruidos.

—Tú buscabas a Benny por esto... —dice Medora.

—No, era un asunto distinto, aunque, en el fondo, se trataba de sacar dinero a la gente. Pero Benny y yo estorbábamos; sabían que si yo me arreglaba con él, ellos iban derechos a la ruina. Tu hermano se sentía acosado por la ley y quería buscar una sentencia benévola. Luego, probablemente, se habría marchado de la ciudad..., tal vez hubiese cambiado de nombre y emprendido una nueva vida...

—Pero no le dieron tiempo.

—El que está metido en esta clase de negocios, no siempre tiene tiempo de rectificar —contesto.

De pronto se oye un ruidito. Medora es estremece y pega su cuerpo junto al mío.

—Viene alguien —susurra.

—Tranquila, nena —aconsejo.

La puerta se abre. Shad Shoulton aparece ante nuestros ojos.

Este es el hombre que mató a Benny.

—Hola, Shad —digo, jovial.

Shoulton nos mira venenosamente a ambos.

—Han venido a buscar los negativos —murmura.

—Exacto.

—Y los han encontrado.

—Sí.

Separa con una mano los faldones de la chaqueta y saca un revólver de cañón corto.

—He venido a llevármelos —dice.

—Shad, está perdido. La policía tiene pruebas de que usted asesinó a Benny Poulsen.

Shoulton se echa a reír. Yo tomo el sobre, que estaba encima de la mesa, y extraigo la fotografía que me ha entregado tía Annie.

—Mírese ahí, al fondo, detrás de esos enamorados que no han tenido tiempo de besarse —digo calmamente—. ¿Recuerda la fiesta que se daba en la casa vecina la noche en que murió Benny? El dueño, un tal Hollybrook, andaba con una cámara, retratando a familiares y amigos. Usted iba por el fondo, en la zona más oscura, a unos treinta metros. En una fotografía de tamaño normal, de aficionado, apenas se distingue una manchita algo más clara en el fondo oscuro del jardín de la casa de Benny. Pero en esta ampliación, sus facciones aparecen con toda nitidez, aunque en un tono menos claro que las de la pareja que iba a besarse lógicamente situada en un primer plano. Como puede comprender, la policía dispone ya de otra fotografía, y del negativo, si es necesario. En cuanto al señor Hollybrook, su hijo y la entonces prometida y ahora su esposa, están dispuestos a jurar acerca del día y la hora en que se impresionó la placa. A usted le interrogaron y siempre dijo que jamás se había acercado a la casa de Benny. Esto contradice sus declaraciones y hasta la coartada que presentó. Por cierto, uno de los que dijeron que aquella noche no estaba junto a usted a la hora en que se cometió el crimen, fue Randy Thomas, alias *el Cojo*.

»Aún hay más —prosigo con firmeza—. Aquella noche, alguien vertió sobre su cabeza un chorlito de cierto perfume muy penetrante. Yo pude olerlo un poco antes de que usted me golpease en la nuca con algún objeto contundente. El resto es ya sabido, ¿verdad?

Shoulton tiene la cara gris.

—Aunque nos mate a los dos, ya no podrá ir muy lejos —añado—. Sobre todo teniendo en cuenta otros crímenes que se han cometido...

—¡Soy inocente! —chilla Shoulton, repentinamente descompuesto—. No sé nada de esas muertes... En cuanto a Benny, no quería matarle. A usted le golpeé solo para atontarlo. Benny no quiso entregarme su colección de negativos. Yo le había quitado a usted su revólver y me enfurecí. Él se arrojó sobre mí...

—Sí, el arma se disparó sola —digo, sarcástico—. Luego pensó que sería una buena idea quitarme de la circulación, sobre todo teniendo en cuenta los perjuicios que yo podía ocasionarle, si seguía investigando. Me asestó un par de puñetazos, para que pareciese una pelea, cerró con llave, descerrajó luego la puerta, a fin de que pareciese que yo había irrumpido violentamente en la casa... Había mucho estruendo en la casa de los Hollybrook. Nadie oyó el disparo ni tampoco le vieron romper la puerta. Esa fiesta le vino a usted a las mil maravillas, ¿no es cierto, Shad?

Shoulton se pasa una mano por la cara, reluciente de sudor.

—Sargento... hay algo que me ha vuelto loco, loco de veras. ¿Dónde guardaba Benny los negativos?

Abro el álbum filatélico. Levanto uno de los sellos. En el reverso, pegado por una esquina, aparece uno de los negativos. Todos ellos, lógicamente, han sido tomados con cámaras miniatura.

Los ojos de Shoulton se desorbitan. Le veo desmoralizado. El hacia el «trabajito» y Benny obtenía el provecho principal. Más de año y medio esperando en vano hallar lo que podía representar una fuente de oro..., una fuente cuyo grifo ha tenido más de una vez ante los ojos, sin saber verlo.

Entonces, de súbito, se oye un «plop» muy suave. Oigo el horrible sonido del proyectil al hundirse en la carne.

Shoulton se convulsiona horriblemente. Cae al suelo. Patea un poco y se queda quieto.

Los dos hermanos Thomas, Davy y Randy, aparecen en escena. Davy está armado. Es el que ha disparado el revólver prolongado en el largo tubo del silenciador.

—Hola, sargento —sonríe.

Medora tiene la cara en mi pecho. Tiembla fuertemente. Yo he

pasado el brazo por sus hombros.

—Hola, Davy —contesto sin perder la calma.

—Lo hemos oído todo —dice Randy rencorosamente—. Shad quería traicionarnos.

—Sí, suele pasar en toda asociación de criminales. Puesto que ninguno tiene el menor sentido de la decencia, en seguida se producen las traiciones. Benny traicionó a Shoulton, este a vosotros dos... A propósito, Randy, tengo la agenda de Bess Trall. Hay una anotación muy curiosa: veinticinco dólares semanales a R.

T. Randy

Thomas. *Manos de Acero* se la quedó. ¿No te dijo nada? Otro ejemplo de traición, ¿lo ves?

El rostro de Randy sufre una fuerte convulsión.

—Mátale, Davy, mátale —dice—. Y a ella también...

—Calma, hermano —recomienda *el Grajo*—. Antes quiero saber algunas cosas. No te importará hablar con un antiguo compañero, ¿verdad?

—Nada, en absoluto. Podemos empezar diciendo que me recomendaste a Bess porque sabías que Randy ordenaría quitarla de en medio. En cuanto a Randy, ya se encargaría de ir proporcionándome pistas falsas, a la vez que procuraba comprometerme... por ejemplo, en el caso de Jessica Bartlett, una mujer que, por lo visto, estaba harta de pagar protección a vuestra banda.

Simulo reflexionar un instante y hago una pausa.

—¿Qué más? —continúo—. Ah, sí, *Pig Mick*, otro tipo que sabía mucho, pero que ya no era necesario. Había que encontrarlo, y yo lo conseguí. Siguiéndome, pudisteis cerrarle el pico. Así, mientras tanto, hacíais que Shoulton se confiase, porque *Pig* sabía que él era el que había matado a Benny. ¿Hablamos ahora de Lemmy Walters, el hombre de la mala suerte y mi confidente? Es curioso que muriese apenas había terminado de hablar conmigo, al viejo estilo del Chicago de los años de la prohibición... Pero por si yo sospechaba, tú, Randy, simulaste un atentado, pagado por alguno de tus secuaces, que fingió disparar contra ti. El hecho me tuvo engañado, hasta que empecé a pensar que el tipo podía haberme acibillado impunemente y no lo hizo. No, a pesar de todo, yo os convenía vivo, hasta que encontrase, la hermosa colección de

negativos de Benny.

—Eres listo, muy listo, sargento —masculla Davy.

No quiero mencionar a tía Annie ni su preciosa colaboración. Ellos no lo entenderían, aparte de que sería una indecencia.

—Un poco —admito, sonriendo—. Davy, tú has seguido desempeñando tu papel con gran habilidad. Incluso me avisaste de que había un fusilero contratado para quitarme de en medio. Sabías que yo lo atraparía y que le haría cantar.

Vaughland ha muerto.

—No, simplemente se le cambió de cuarto en el hospital. Vive y me dijo el nombre de la persona que lo había contratado: Ada Mallonby, haciéndose pasar por Della Froud. Por eso murió Ada, para que un día no pudiera contar la verdad. En realidad, vivió hasta pocos minutos antes de mi llegada.

—Apostaría algo a que tu retraso fue simulado —dice *el Grajo*.

—Sí. La persona que recogió una de tus llamadas me dijo que había oído otras voces. Entonces pensé que tal vez te obligaban a llamarme por teléfono. Y tú desempeñaste muy bien el papel de rehén, Davy.

—Sospechaste de mí. ¿Por qué? Siento mucha curiosidad por saberlo, Larry.

—Ya te dije que impresionamos fotografías de lo que pasaba en el almacén de la Compañía Thomas. Por mucho que te cueste creerlo, es cierto. Cuando se tomaron las fotografías, tú estabas sentado en una silla. Luego apareciste atado a una columna, porque calculabas que yo estaba a punto de llegar. Después, ¿lo recuerdas?, dijiste que te encargarías de avisar a la policía, pero seguramente fue una llamada simulada. Te separaste de mí, en realidad para volver al almacén y liquidar a tus secuaces. Ellos podían cargar con la muerte de Ada, ¿verdad?

Randy se pone muy nervioso.

—Davy, por todos los diablos, acabemos de una vez —exclama.

El Grajo me mira malignamente.

—Aunque no lo creas, te había tomado bastante afecto, Larry —suspira—. Pero tal como se han puesto las cosas...

—Sí, vas a disparar sobre nosotros y un muerto, Shoulton, cargará con las culpas. Pero no puedes usar la misma arma en tres personas.

Randy saca otro revólver.

—Este se quedará aquí —anuncia siniestramente. Y, en el mismo momento, estalla un disparo.

Randy se arrodilla, con el brazo destrozado. Davy da media vuelta e intenta escapar. Levanta la mano armada. Al situarse en el umbral, suenan más disparos.

Davy suelta el arma, y se arrodilla. Lentamente, cae hacia adelante y se queda quieto. Entran hombres de uniforme. Yo me apodero del álbum de sellos.

El capitán Henneys, mi antiguo jefe, se acerca a nosotros.

—No sé quién diablos nos ha avisado de que aquí iba a haber jaleo —dice—. Informaron de que había una pareja secuestrada. ¿Qué es lo que ha pasado en realidad, Larry?

Le entrego la fotografía en la que aparece Shoulton.

—Ahí tiene al asesino de Benny Poulsen, capitán —indico—. En cuanto al resto, Randy Thomas tendrá mucho gusto en contarle una bonita historia. Por cierto, he de enviarle ciertas fotografías tomadas en un almacén donde ahorcaron a una hermosa mujer.

—Larry McBaith, usted fue siempre un tipo muy independiente —mascullo Henneys—. No crea que, a pesar de todo, me gustará tenerle de nuevo entre nosotros.

—No, creo que a mí tampoco me gustaría —admito—. Medora, ¿cómo te encuentras?

—U... un poco asustada...

—Es mi futura esposa, capitán. Yo le he hecho un favor, así que procure corresponderme y no diga que Poulsen se llamaba Palmer, como ella.

—Está bien, eso no me costará nada, Larry. ¿Qué diablos tiene ese álbum? —pregunta de repente.

Lo abro con displicencia.

—Sellos. Eran de Benny. Su hermana también es aficionada a la filatelia —contesto.

Della Froud ha recibido sus negativos. Se los entregué yo personalmente. El asesino de *Pig* será juzgado muy pronto. Ryle Sweil no lo pasará mejor; el fiscal piensa acusarle de dos asesinatos. En *Black House* se ha encontrado un libro impresionante, con cantidad de personas sometidas a «protección». El tugurio de Randy era el lugar ideal para enmascarar una organización semejante.

Tía Annie está que explota de satisfacción. En realidad, ha conducido el caso con mano maestra. Pero la cosa no ha terminado todavía.

Medora y yo nos hemos casado en la propia residencia de tía Annie. Hay una pequeña fiesta. Asisten pocos imitados, aunque no faltan los Hollybrook, pieza esencial en el esclarecimiento del crimen de que me acusaron.

Tía Annie busca un aparte con nosotros dos.

—Sobrino, a partir de ahora te vas a cuidar de mis intereses —dice—. Celebro infinito que no hayas querido volver a la policía, pero necesito a mi lado, para ciertas cosas, a una persona de mi absoluta confianza.

—De acuerdo, tía, pero antes has de permitirme que te dé un consejo. Eres un poco absorbente. No pretendas guiarnos a Medora y a mí como si fuésemos niños.

Los ojos de tía Annie se humedecen.

—Oh, Larry, ¿cómo has podido pensar una cosa semejante? Si no os gusta vivir aquí...

Medora la abraza cariñosamente.

—Tía Annie, si usted lo quiere, viviremos aquí —dice.

Las dos mujeres gimotean un poco. Luego, tía Annie se vuelve hacia mí.

—Larry, tienes una mujer encantadora. No la defraudes jamás.

—Descuida, tía.

La señorita Van Brudenlock alza el dedo índice.

—Y antes de un año, un hijo —ordena.

Me pongo la mano sobre el pecho.

—Sé hará lo que se pueda —contesto, solemne.

Tía Annie guiña un ojo a Medora.

—Os envidio, sinceramente —de repente estamos en el comedor, retrocede un par de pasos y hace sonar el batintín con el que suele llamar al mayordomo—: ¡Atención a todos!

Los invitados se vuelven hacia tía Annie.

—¡Se acabó la fiesta! Los novios quieren quedarse solos.

—Yo creí que saldrían en viaje de luna de miel —dice el señor Hollybrook.

—Nada de eso. Aquí la única que sale de viaje, soy yo. Mi amiga, la condesa de Volny-Médard, me ha invitado a pasar una

temporada en su finca de Antibes y ya tengo tomado el pasaje del avión para Niza. ¡Frederick!

El mayordomo comparece inmediatamente.

—Señora, el equipaje está ya en el coche —anuncia, solemne.

Tía Annie agita la mano.

—Adiós a todos —se despide.

Los invitados, claro está, se marchan. Medora y yo quedamos solos.

—El viaje de novios será muy corto —digo, a la vez que la levanto en mis brazos.

Medora se ruboriza. Inicio la ascensión hacia el primer piso. A partir de ahora, seremos tía Annie, Medora, yo... y lo que venga.

FIN

COMO UNA NAVE PERDIDA EN LAS TINIEBLAS Y EN LA TEMPESTAD,
BUSCANDO LOS DESTELLOS DE UN FARO SALVADOR,



ASÍ ES EL DESTINO DE

¡LORENA!

¡SU JUGOSA BELLEZA JUVENIL DESATABA LAS MÁS BAJAS PASIONES!
EL PRIMER SERIAL ESCRITO POR LA AUTORA MÁS LEIDA DEL MUNDO:

Corin Tellado.

PUBLICADO EN EPISODIOS SEMANALES, CON NUMEROSOS FOTOGRAFÍAS
DE LAS ESCENAS MÁS CULMINANTES. ¡SÓLO POR 35 PESETAS!
LORENA, TAMBIÉN A TRAVÉS DE LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS
REM - CAR Y CES. UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

